



Noche
ETERNA

SEXO, PASIÓN Y AMOR VERDADERO

ISABEL CONDE



NOCHE ETERNA

Sexo, Pasión y Amor Verdadero



Por **Isabel Conde**

© Isabel Conde 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Isabel Conde.

Primera Edición.

Dedicado a;

Laura, por haberme motivado a escribir.

Belén, por enseñarme lo que es amar.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

Durante años creí que el amor verdadero existía. De hecho, creí haberlo encontrado. Tres veces, para ser exacta. Veamos:

William. Mi novio del instituto. Estuvimos juntos toda la secundaria. Era un gran atleta, el mejor corredor que jamás había pisado el instituto. Con más músculos que cerebro y con un miembro del tamaño de un cacahuete, probablemente a causa de todos los esteroides que tomaba a mis espaldas.

En la noche de graduación me hizo vivir la reina de la noche, claro, tenía una meta. Robarse mi virginidad e irse. Al cabo de un tiempo me enteré de que había dejado el atletismo y estaba trabajando como carpintero en algún lugar sin nombre, tenía cuatro hijos y una mujer que ya no lo amaba.

Después vino el niño de mamá y papá, no éramos de la misma clase social. Supo cómo encantarme y enredarme. Se llamaba Paulo. Creía que aquel niño caminaba sobre las aguas, pero lo único que hizo fue pisotearme el corazón al tirarse a una de mis amigas. El “niño” se aprovechó. Pero no pasa nada. Ella se dejó ilusionar y decidió echar once años de amistad a la basura. Le hizo lo mismo que a mí, después de dejarla embarazada y huir como un cobarde.

Mi último error fue lo que podríamos llamar *la gota que colmó el vaso*, y la razón por la que acabé convencida de que el amor verdadero es algo que han inventado las empresas de tarjetas de felicitación y las personas que escriben novelas y comedias románticas. Se llamaba Olivier, pero debería haberse llamado Lucifer. Era un hombre de negocios con mucha labia. Lo de *hombre de negocios* es un decir. En realidad era un usurero.

—Por lo mismo creo que deberías aceptar el trabajo.

Mi mejor amiga, Stephanie, chilló de forma sonora en el auricular. Me aparté el móvil de la oreja.

—Es la única salida, Ana. ¿Cómo, si no, pagarás la hipoteca?

Bebí un trago de Gatorade de mandarina mientras el sol californiano transformaba las gotas en pequeños puntos de luz sobre la botella.

—No sé qué hacer, Steph. No tengo tanto dinero. No tengo nada ahorrado. —Suspiré con frustración. Sonó fuerte y dramáticamente exagerado, incluso para mí.

—Oye, tú siempre has estado enamorada del amor...

—¡Ya no! —le recordé a mi amiga de toda la vida.

A través del teléfono se oía el bullicio callejero.

—Ya, ya. Pero a ti te gusta el sexo, ¿verdad?

—No me hagas preguntas absurdas, por Dios...

En realidad, si no encontraba pronto la manera de reunir un millón de dólares, mi padre y mi hermana acabarían en la calle.

Stephanie gimió con cansancio.

—Pero si aceptaras el trabajo como dama de compañía, lo único que tendrías que hacer sería ser linda y tener mucho sexo, ¿no? Hace un tiempo que no coges con alguien.

Sólo Stephanie podría encontrar la manera de hacer que ser dama acompañante pareciera el trabajo que necesitaba.

Conecté los auriculares al teléfono, me los coloqué y lo guardé en el bolsillo trasero de mis jeans.

—No lo sé, Steph. —dije, volteando los ojos. No me sentía preparada para un trabajo así.

Me abrí camino hacia la salida del centro comercial mientras me hacía una cola alta en el cabello.

—Oye, sé que lo dices con buena intención, y la verdad es que no sé qué voy a hacer. No soy una fulana. O, por lo menos, no quiero serlo. —Sólo de imaginarlo, se me retorció todo—. Pero debo enfrentar esta situación y ver que hacer como sea. Tengo que conseguir ese dinero y lo más pronto posible.

—Te entiendo amiga... Bueno, ya me contarás cómo va la reunión en Ladies of Pleasure. Llámame cuando salgas de ahí si puedes. Mierda, voy a llegar tarde y todavía tengo que vestirme. —Su voz se volvió nerviosa y pude imaginarme como corría en dirección al trabajo, con el móvil pegado a la oreja y sin importarle que pensaba la gente que la viera corriendo como una cabra loca. Eso era lo que la hacía especial. Era directa y no le importaba nada nunca. Igual que yo.

Stephanie trabajaba ofreciendo espectáculos de pole dance en el Club

Bahía de Los Ángeles. Mi mejor amiga tenía la estatura perfecta y era tierna como su nombre, y se trepaba en el tubo de maravilla. Hombres de todas partes del mundo asistían para ver el espectáculo.

—Qué raro, tú llegando tarde. ¡Mucha suerte, te quiero, imbécil! —dije con cariño mientras me apretaba un poco más la cola.

—Yo a ti más, idiota.

Salí del centro comercial, tomé un taxi y me dirigí hacia un futuro que no quería pero no podía evitar.

* * * *

—¡Ana! ¡Qué guapa! —dijo mi *futura* jefa mientras me rodeaba con sus brazos y me aplastaba a su pecho.

Era muy fuerte. Llevaba el cabello en un moño al estilo de una dona. Vestía una blusa de seda metida en una falda de tubo alta que combinaba con sus tacones de plataforma. Era muy guapa. Más que guapa, parecía *costosa*.

—Señora Jessica, cuánto me alegro de verla.

Comenzó a rodearme, evaluándome como si fuera una obra de arte, una estatua, algo frío e impenetrable. Y tal vez lo fuera. Daba chasquidos con la lengua mientras me observaba.

—Levanta la cabeza.

Me dio un leve golpecito en la parte inferior de la barbilla para que hiciera lo que me pedía inmediatamente. Hizo lo mismo en la sensible zona de los riñones, enderecé la columna al instante y saqué pecho. Su sonrisa de labios rojos se amplió y mostró unos dientes perfectos y blanqueados.

—No hay duda de que eres preciosa. Y lo estarás aún más cuando te pongamos algo presentable y te hagamos algunas fotos para el portafolio.

Hizo una mueca de desagrado al ver mi vestimenta. Al parecer los jeans ceñidos y las camisetas estrechas no eran de su agrado.

Retrocedí y choqué con un mueble de cuero que estaba detrás y no había

notado.

—Aun no he accedido a nada.

Jessica volteó los ojos hasta que apenas podía verlos.

—¿No dijiste que necesitabas mucho dinero y rápido? Creo recordar algo acerca de la hipoteca de la casa donde vives con tu familia.

Se sentó despacio, cruzó las piernas y apoyó los dos brazos con delicadeza sobre los reposabrazos de cuerdo de su silla.

Me mordí la lengua y la miré directamente a sus ojos azul pálido.

Me senté e inspire hondo.

—Sí, mi padre cayó en los vicios luego de la muerte de mi madre e hipotecó la casa para saldar sus deudas y seguir jugando.

Jessica cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Me la han hipotecado por un millón de dólares —le expliqué.

—Dios mío, qué barbaridad —susurró.

Me di cuenta enseguida que Jessica era una gran manipuladora y sabía controlar sus emociones. Ojalá yo tuviera ese talento. Lo necesitaba.

—Sí... Hace un par de semanas el gerente de recursos humanos del banco fue a verme a mi casa, para advertirme que el tiempo se me estaba agotando y lamentablemente tendría que poner la casa en venta para alguien que si pudiese pagar la hipoteca.

Jessica hizo una mueca y empezó a darse golpecitos con la uña del dedo índice sobre el pulgar. El repetitivo ruido me estaba poniendo muy nerviosa. ¿Cómo podía mostrarse tan cruel?

Jessica me miró con unos ojos llenos de una emoción desconocida.

—Puedes conseguirlo en un par de meses si lo haces bien. ¿Es suficiente?

Mientras fruncía el ceño me miraba, prestando mucha atención a cada acción o cosa que hiciera.

Las piernas empezaron a temblarme y sentía como el corazón me latía cada vez más fuerte. Sacudí la cabeza.

—No lo sé. Tendría que negociar con el gerente del banco, no se veía mala persona. Podría convencerlo de que me de dos meses de plazo.

—Pues, visto lo visto, tendremos que ponerte a trabajar enseguida. Sólo con los socios de mayor caché. Hay que organizarlo rápidamente. Mañana te necesito a primera hora aquí para hacerte una sesión de fotos, haremos instantáneas, videos, entre otras cosillas. Le pediré a mis muchachos que las suban a nuestra página lo antes posible.

Me sentía como si estuviera en una balsa en mar abierto rodeada de tiburones, aunque manteniéndome a flote.

—Pero... ¿tendré que acostarme con ellos? Me refiero a que sé que hay distintos tipos de damas de compañía...

Respire profundo mientras recibía respuesta.

—Linda, no tienes que hacer nada que no quieras hacer. Pero si pretendes conseguir todo ese dinero, deberías considerarlo. Mis clientes y yo tenemos un contrato, por así decirlo. Si mis damas se acuestan con ellos, ellos añaden un veinte por ciento al pago. Ese porcentaje se deja en efectivo, en un sobre o va directamente a la cuenta de la dama. Eso no tiene nada que ver conmigo o mi *empresa*, ya que la prostitución no es legal en Estados Unidos.

Me ofreció una falsa sonrisa de compasión y lástima.

—Te buscaré clientes que estén buscando damas para un mes entero. Es la única manera de conseguir la cantidad que necesitas rápido. Quiero que quede claro que si te acuestas con ellos es porque quieres hacerlo.

Sonrió y se puso de pie. Rodeó su escritorio y se sentó. Se escondió tras la pantalla de su computador, diciéndome sin palabras que ya podía devolverme por donde vine. No sabía lo que iba a hacer. Iba totalmente contra mi moral.

* * * *

Al día siguiente me sentía fuera de lugar. Me veía en tercera persona. Me depilaron entera, me bañaron en cremas y bronceados corporales. Me dolía el cuerpo, no estaba acostumbrada a nada de ello, especialmente a las

depilaciones *enteras*. Aunque el resultado fue fabuloso. Cuando me vi en el espejo quedé totalmente sorprendida.

Mi cabello largo y negro se veía más vivo que nunca; caía espectacularmente por mi espalda y sobre mis hombros formando ondas perfectas. Y la luz hacía que mi piel se viera perfectamente sana. El bronceado que nunca había conseguido durante tantas idas a la playa hacía que mis facciones se vieran mucho más estilizadas.

Me había puesto un vestido que hacía que cada curva se viera como debía verse. Totalmente elegante y sensual. Sin darme cuenta ya le había tomado la movida a esto de las fotografías y me salía a la perfección ser provocativa o tierna sin mezclar las emociones. Así era como debía permanecer desde ahora: sin emociones.

Terminamos y volví a ponerme mi cómoda y casual ropa: unos jeans ceñidos y una camiseta ajustada. Fui hasta la oficina de la Señora Jessica.

—Preciosa, ¡estuviste impresionante! Desde que te vi sabía que estabas en el lugar correcto.

Volteó la pantalla de su computadora y me dejó ver lo que ella estaba viendo tan fascinada. Me quedé en shock al ver las fotografías que me habían tomado hace unos instantes.

—No puedo creer que esa sea yo. —dije sorprendida.

Jessica amplió su sonrisa poco a poco.

—Eres bellísima.

—¿Y ahora qué? —dije esperando que iba a suceder ahora.

No sabía lo que iba a venir. Estaba a la expectativa... Sólo quería salir de allí corriendo.

—¿Quieres ver a tu primer "*cliente*"?

Sentí escalofríos. Una sensación desagradable bajo por mi espalda, me puse a la defensiva y la miré fijamente.

—A ver qué tienes para mí.

Jessica soltó una carcajada y movió el ratón de su computador para mostrarme la foto de un hombre increíblemente atractivo. Mis ojos nunca en

la vida habían visto a un hombre tan apuesto. Ni le sobraba ni le faltaba nada, estaba perfecto.

Tenía el cabello castaño claro, sus ojos te atrapaban en un vaivén de verde con amarillo, era imposible dejar de verlo. No entendía mucho. No parecía tener más de veinticinco años. Además, no era la clase de tipo que necesitara pagar para salir con alguien. Era el tipo de hombre que te bajaba las bragas solo con verlo.

—¿Por qué iba a... —voltee a la pantalla, señalándole al hombre más perfecto que habían visto mis ojos— necesitar de una dama de compañía?

Jessica se acomodó en su silla, jugueteó con sus manos entrelazadas y sonrió lentamente.

—Te ha escogido. —Imagino la confusión se demostró en mi cara, porque continuo rápidamente— Le envié personalmente las primeras fotos que te hemos tomado a él. En fin, le has encantado. Te mandará a recoger mañana a media tarde. Está cerca, pero tendrás que quedarte en su casa durante un mes.

—¿Un mes? —dije.

¿Qué pasaría con mi vida? ¿Cómo iba a manejar todo esto? Mi otros empleos... Mi padre, mi hermana, ¡mi vida!

Jessica me miró como que si tuviera tres ojos. Presionó los labios hasta que se volvieron una fina línea y arrugo la nariz.

—Ana, vas a tener que dejar tu vida de lado si quieres ganar bastante dinero con este trabajo, después de todo tus trabajos aquí consiste en *estar* con el cliente. Eres una dama de compañía, no lo olvides. Dado que necesitas conseguir mucho dinero en muy poco tiempo, deberás aceptar los trabajos más exigentes. Tendrás una semana para ti entre cada mes para que puedas volver a tu casa, relajarte y recuperarte.

—¡No puedo creerlo!

De repente entendí que mi vida, tal y como la conocía, había terminado. Apenas tendría tiempo para ver a mi padre, a Sofía -mi hermana- o a Stephanie.

—Créeme, preciosa, no es ninguna broma. Que tu padre haya dejado

hipotecar tanto tu casa ha tomado esta decisión por ti. Tienes suerte de que te estoy dando la oportunidad. No seas desagradecida. Ahora siéntate y cállate.

Su voz se había transformado al tono frío y formal de una empresaria.

—Lo siento.

Estaba intentado ayudarme, pero todo iba tan rápido. Increíble. Me dejé caer en el asiento y cubrí mi cara con mis manos. Por más que quisiera no podía cambiar el resultado de todo esto. Ahora era una chica de alquiler. Me asignarían un hombre distinto cada mes y, si me acostaba con ellos, sacaría un veinte por ciento más.

Negué y me reí, me estaba volviendo loca. Me relajé. Eso era lo que tenía que hacer. Dejar que un tipo sexy me llevara a aburridos eventos de negocios o a donde él quisiera. No tenía por qué acostarme con él y, ante todo, no debía enamorarme de él por nada del mundo.

Además, si cambiaba de hombre cada mes, no tendría tiempo de acabar enamorada de él hasta las nubes como lo había estado en el pasado. Sería una persona diferente cada mes, y la casa que nos había dejado mi madre estaría a salvo. Si conseguía que el gerente accediera a que le pagara a plazos durante dos meses, podría funcionar.

Respiré hondo, me levanté y estreché mi mano con la de Jessica. Su sonrisa era perversa, daba miedo. Se le daba muy bien su trabajo.

—De acuerdo, señora Jessica —dije enfatizando su nombre para darle a entender que estaba dispuesta a comprometerme—. Al parecer, soy tu nueva *Dama de Compañía*.

* * * *

David Arturo Smith. Me quedé mirando el nombre. Seguro que era el típico niño rico que tenía a la dulce mamá que no quería sentirse avergonzada por las zorrillas que solía llevar a sus eventos de alta clase.

Al menos, en mi cabeza ésa era la única explicación posible que le encontraba al hecho de que alguien tan bello y atractivo necesitara contratar a una Dama. Seguí leyendo hasta que por fin encontré la lista de normas que la

señora Jessica me había dado el día anterior.

1. Debes estar siempre arreglada. Nunca dejes que el cliente te vea desarreglada. El cliente te dará un clóset lleno pero todo será de su elección. Su estilista personal ya tiene tus tallas.

Volteé los ojos y miré todos mis jeans que estaban arreglados en una silla de mi cuarto. ¿Estilista personal? Esa gente tenía demasiada dinero, qué ridiculez. ¿Tan difícil era escoger tu propia ropa? ¿Ya disponía de mis tallas? Perfecto.

Ahora el tipo sabía que necesitaba perder unos kilos que tenía de más. Medir un metro setenta me daba la ventaja de parecer más delgada de lo que estaba. Sabía que todos los hombres preferían una mujer que llevara una talla de treinta y cuatro. Yo llevaba una voluptuosa talla de; cuarenta y dos, a veces una cuarenta y cuatro. Probablemente se me consideraría talla grande en el mundo de la moda.

“Te ha elegido a ti”, me recordé a mí misma mientras arreglaba en un bolso con pocas cosas básicas: crema hidratante, maquillaje, perfume, y mis collares favoritos. No había nada de valor, pero eran mías, y necesitaba ser yo misma aunque fuera con algo pequeño.

Puse el bolso sobre la silla que tenía cerca del escritorio y continué leyendo el resto de la lista.

2. Sonríe siempre. Nunca te muestres molesta, triste o con algún problema existencial que no puedas resolver en tus pensamientos. Los hombres no contratan a mujeres para ocuparse de sus problemas emocionales. Contratan a mujeres precisamente para no tener que hacerlo.

No mostrar emociones. Este punto ya lo tenía controlado. Había mantenido una buena charla conmigo misma al respecto después de hablar con Jessica y de aceptar el trabajo.

3. No hables a menos que te estén hablando a ti. Estás ahí para ser linda y encantadora cuando él quiera que lo seas. Consulta con el cliente sus necesidades antes de acudir a algún evento social o profesional para que sepas cuál es tu papel.

4. Tienes que estar disponible en todo momento. Si el cliente quiere quedarse más rato, te quedarás con él. Sé respetuosa, sé linda y amable en

todo momento. Si busca compañía, puedes ofrecerte a acostarte con él. El sexo no es obligatorio.

¿Quería que me “acostara” con el cliente cuando él lo que iba a querer era cogermelo? Jajaja, no puede ser. Sería un momento interesante: Hola, ¿quieres acostarte conmigo pero nada de sexo? Solté otra carcajada y continué leyendo.

5. El sexo con los clientes no está incluido en el contrato. Eres libre de decidir si quieres tener sexo o no con ellos, y Ladies of Pleasure no se hace responsable de ello. También exigimos que todas nuestras chicas usen un método anticonceptivo que pueda demostrarse en un momento dado. Es posible que se te solicite que te sometas a un análisis de sangre.

¿De dónde sacaba tantas estupideces? ¡Por Dios! ¿Quién iba a querer quedarse embarazada de un hombre al que acababa de conocer y al que no amaba? Ah, claro, hombres ricos, mujeres estúpidas. La combinación perfecta para cometer una tontería. Pero yo no era una de esas mujeres. En cuánto mi casa estuviera a salvo y mi familia pudiera seguir viviendo en paz, volvería a mi vida. Aunque no tuviera muy claro exactamente que hacía con la misma.

Miré el reloj y vi que se acercaba la hora del encuentro.

Me vestí con mis jeans más ajustados, de esos que volvía loco a cualquier hombre, y un top blanco un poco suelto. Me puse la chaqueta corta de cuero negro y unos tacones negros de tacón bajo. Sabía que Jessica me mataría si me viera así, pero necesitaba sorprender al individuo para ver a qué me estaba lanzando antes de aceptar voluntariamente ser su acompañante durante las próximas cuatro semanas

Mi móvil sonó, era un mensaje de un número desconocido.

De: Número desconocido

Para: Ana Mancuso

No puedo esperar conocerte. Parque Las Delicias. Busca la entrada cercana a la fuente. Nos vemos pronto.

¿Quería que nos viéramos en un parque frente a la playa a las tres de la tarde? Raro. Sin perder un momento, saqué mi iPhone y le pedí a Siri que me indicara la dirección al ver que ya eran las dos. La voz de la asistente virtual

me informó que estaba a cinco kilómetros y medio al noroeste de Malibú.

Debía de estar cerca de su casa, porque desde mi casa hasta el parque en taxi era una hora exacta. Mi cuarto no era gran cosa. Eché un vistazo a mí alrededor y vi que lo había decorado de la manera más acogedora posible. Las paredes eran de un color blanco, de alguna manera todo encajaba.

Era el primer lugar que había tenido para mí desde siempre, y ahora tenía que dejarlo.

Le había dado la dirección exacta al taxista, el viaje me daría tiempo de prepararme y relajarme. No me di cuenta que ya habíamos llegado. Le pagué al señor y me bajé. Nunca había estado en ese parque. La entrada estaba algo apartada de todo y el taxista ya se había ido. Estaba sola. Era una cálida tarde de lunes, y el estacionamiento estaba vacío.

Quizás era porque el parque quedaba lo suficientemente lejos de la ciudad y no era muy visitado. No sabía qué pensar acerca de lo de encontrarnos allí, pero tampoco me molestaba del todo. La vista era fantástica, y la fuente era increíble. El cielo estaba en su máximo esplendor, y yo estaba fascinada además de un poco intrigada.

De hecho, esa era una de las pocas veces que había ido a Malibú. Me había pasado la mayor parte del tiempo intentando hacerme un hueco en el mundo de la pintura. El lugar no importaba. Sólo necesitaba largarme del desierto. Podía oler al océano y me recordaba a todo lo opuesto al seco calor de Las Vegas, y el mero contraste ya hacía que me resultase reconfortante estar allí. Era un lugar mágico.

Volteé hacia todos lados y solo encontré un Jeep aparcado pero nadie cerca. Igual no había llegado todavía.

Un hombre bien vestido se acercó a mí lentamente. Estaba tan distraída que debí haberlo pasado por alto. Él, sin embargo, parecía haberme estado esperando. Me dio una nota.

“Ana, cruza la avenida. Te espero en el mirador de la playa.”

Le quise preguntar al hombre de qué se trataba, pero cuando volví en mí ya no estaba y el Jeep se alejaba por la salida. No me quedó de otra que cruzar la avenida e ir al mirador.

En el agua, surfeando, había una figura solitaria. Observé cómo tomaba

las olas como un profesional sobre la larga tabla roja. Recorrí toda la playa, y no vi a nadie más. Seguro estaba escondido observándome. Saqué el móvil para ver la hora y llamar al número desconocido que me había mandado el mensaje al salir de mi casa pero no respondía.

Observé al surfista durante unos instantes más, mientras una ola lo llevaba hasta la orilla. Se bajó como si la tabla lo hubiese conducido delicadamente hasta la arena. Sacudió el pelo y se soltó una tira que mantenía su tobillo unido a la tabla. No apreciaba sus rasgos desde esa distancia. Como a cámara lenta, el surfista se abrió camino en mi dirección.

Me puse los lentes de sol para mirarlo mejor, el sol estaba muy fuerte y los rayos no me dejaban apreciar la escena, subí la mirada y vi cómo se bajaba la cremallera del traje de baño, dejando al descubierto una gran cantidad de músculos muy húmedos, fuertes y bronceados. Sacó primero un brazo y luego el otro y se dejó el traje colgando de la cintura. Después levantó la tabla, se la colocó bajo el brazo y trotó hacia el mirador.

Sentí como mis mejillas se sonrojaban al verlo subir la escalera hasta el mirador en el que me encontraba. Empecé a sentir unos fuertes zumbidos en los oídos. Era como cuando todas las ventanas del coche están cerradas y alguien abre una de repente.

Lentamente volteeé y sacudí el cuello hacia atrás mientras me soltaba la cola para dejar que mi larga melena cayese libremente. Respiré profundo al ver que el hombre al que estaba esperando se detenía en lo alto de los escalones y se me quedaba mirando. Su mirada era... intensa, penetrante. Las gruesas gotas de agua que mojaban su pelo caían sobre sus anchos hombros y su torso, que parecían sacados de una revista.

Su mirada me recorrió desde mis tacones hasta mis piernas, y desde éstas hasta mi pecho. Luego me miró a los ojos.

—Qué sorpresa tan agradable —dijo con una sonrisa.

—Sí, una sorpresa.

Me moje los labios, que de repente se habían quedado secos. Él se dirigió hacia su camioneta Pick Up negra. No era un coche caro, aunque parecía estar en buenas condiciones. Dejó la tabla en la parte de atrás sin problemas.

¿Serían ligeras las tablas? Suponía que no, pero él hacía que pareciese

que no pesaba nada. Los músculos de sus brazos se tensaron y se estiraron mientras colocaba la tabla, y una ola de excitación tomó todos los poros de mi cuerpo.

—¿Eres Ana? —preguntó mientras salía del mirador.

Me aproximé y me aseguré de hacerlo meneando bien las caderas. Me pareció que sus ojos brillaban de admiración mientras deleitaba su mirada con mi figura.

—Sí. ¿Y tú eres David Smith? —Apoyé una mano en la cadera.

Soltó una carcajada y se recostó contra el lateral de la camioneta, lo que me proporcionó una vista aún mejor de su torso desnudo. Dios mío, era perfecto. Me estaba mirando a los ojos, y vi que los tenía de color verde oscuro con ligeros tonos amarillentos.

—Mis amigos me llaman Dave —dijo como si yo lo fuese.

—Y ¿yo soy tu amiga? —pregunté alzando la ceja.

—Todos podemos soñar, señorita Ana. —Me guiñó el ojo y se dio la vuelta.

Empezó a buscar algo en la cajuela del copiloto de la camioneta. Sacó una camiseta blanca y se la puso rápidamente, cubriendo su hermoso cuerpo. Casi le agradecí la distracción.

—¿Estás lista?

—Tú pagas, tú decides dónde y cuándo —le respondí.

Dave se lamió los labios, me miró de nuevo, sonrió y negó con la cabeza.

—Adelante. —Me dijo mientras me sostenía la puerta de la camioneta abierta.

* * * *

El portón se abrió y avanzamos lentamente en la camioneta. Dave se detuvo delante de una vivienda que parecía más típica de montaña que de playa. No es que fuera una cabaña, pero estaba hecha de piedras gigantes

entremezcladas con madera.

Salió del coche, rodeó el mismo y me abrió la puerta. Agarré mi bolso y lo seguí por la pedregosa escalinata. La puerta ni siquiera estaba cerrada con llave cuando la abrió.

Entramos en una sala inmensa y estaba rodeada de ventanas. Tenía una gran biblioteca y las paredes descendían con colores vibrantes que se complementaban. No era para nada lo que habría esperado de un hombre que se suponía que tenía veinticinco años. Me dije mentalmente que tenía que preguntarle a qué se dedicaba en algún momento. Había que ser muy listo o ser hijo de mamá y papá para tener tantas cosas.

—Esta casa es increíble —dije mientras me acercaba a los ventanales.

Desde allí se veían las ondulantes montañas y unas amplias vistas que parecían extenderse sin fin hasta el horizonte. Al vivir en el centro de Los Ángeles, no tenía la oportunidad de apreciar el sur de California de esta manera.

Dave sonrió y me tomó de la mano. La suya era cálida y suave. Era agradable.

—Ven. Te enseñaré qué fue lo que me gustó más de este lugar.

Me llevó por el balcón hasta el otro lateral de la inmensa casa. Cuando por fin llegamos el paisaje me dejó sin aliento.

—Qué belleza... —susurré totalmente encantada.

Me apretó la mano con firmeza y sentí cómo una corriente eléctrica recorría mi espalda hasta el cuello. Desde allí se veía a la perfección el océano Pacífico; al punto que parecía que flotábamos sobre él. Mientras señalaba la zona que había junto a un terreno rocoso, Dave se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Ésa es la playa que está junto al parque Las Delicias — dijo tan cerca de mí que sentí cómo su aliento besaba la piel de mi cuello. Casi podía ver el lugar en el que había estado surfeando desde allí.

—Es... —No encontraba las palabras.

—Increíble, lo sé —dijo, pero no con aires de superioridad.

Parecía admirar aquellas vistas tan encantado como yo, cosa que me

sorprendió. A pesar de vivir allí y de verlo todos los días, seguía fascinado. Entonces me di cuenta de que tal vez me apresuré al juzgarlo como el típico niño rico y mimado. Sus ojos reflejaban madurez, lo hacían parecer mayor de lo que era. Me agarró de la mano otra vez y me llevo hacia la casa.

—Deja que te enseñe tu habitación.

Lo seguí a través de aquella casa de varios cientos de metros cuadrados. Pasamos junto a un montón de cuartos corriendo. Se me hacía raro que siguiera agarrando de la mano, pero no dije nada por miedo a que la soltara. Me resultaba agradable notar su palma, grande y caliente, sobre la mía. Hacía muchos años que no me sentía tan segura y protegida.

Dave me guio hasta una puerta doble. Me soltó la mano y abrió las dos puertas a la vez.

—Éste será tu hogar durante el próximo mes. —Sonrió mientras yo entraba.

La habitación era grande, con paredes blancas y muebles en tono pastel. Fruncí el ceño sin darme cuenta.

—¿No te gusta? —Dejó caer las manos a ambos lados de su cuerpo. Se acercó y abrió otra puerta doble. Dentro había una cantidad gran de ropa, de distintos colores, texturas y materiales. Esto ya me gustaba más. Podría mudarme tranquilamente a ese vestidor. Parecía lo bastante grande. Pasé los dedos por la ropa colgada. Todas las prendas conservaban su etiqueta.

—Es preciosa, gracias. ¿Por qué no me hablas un poco de los motivos por los que estoy aquí? —pregunté mientras salía del vestidor y me sentaba en la cama.

Dave era un hombre alto y fuerte, elegante y guapo. Medía más de un metro ochenta y era esbelto. Poseía el cuerpo de un nadador que pasaba bastante tiempo levantando pesas en el gimnasio.

Respiró hondo, se llevó la mano a la barbilla y se sentó en la cama, apoyando el codo en el brazo del sillón.

—Mi madre —dijo, como si eso explicara todos los secretos del universo. Sacudió la cabeza—. Durante las próximas semanas tengo que asistir a muchos actos profesionales y particulares. Llevar a una mujer del brazo me ayudará a mantener a raya a las personalidades y cazafortunas que

suelen competir por mis atenciones y que me impiden establecer los enlaces sociales que me interesan. A mi madre le pareció buena idea contratar a alguien para que se encargara de ello.

—Entonces ¿necesitas a alguien para espantar a las zorras que sólo pretenden conquistarte para quitarte un poco de tu fortuna? —Solté una carcajada, me crucé de piernas y me quité uno de los tacones.

Dave asintió mientras observaba, por lo visto hipnotizado, cómo yo movía los dedos de los pies.

Se recostó contra el respaldo y entonces cruzó los tobillos. No me había dado cuenta de que iba descalzo. Tenía los pies largos, bonitos y bien cuidados. Llevaba un poco de arena en el arco del empeine. El deseo que había conseguido dominar minutos antes y que había logrado ocultar se asomó nuevamente y empezó a fijarse en los más mínimos detalles del hombre que estaba delante de mí. Qué injusticia.

—Tú eres, probablemente, una de las mujeres más hermosas que he tenido el placer de contemplar. Estoy deseando verte desnuda. —Soltó y me empezó a desnudar con la mirada.

Observé cómo se levantaba. Nos sostuvimos mutuamente la mirada.

—Bueno..., me alegro de que pienses que soy lo bastante guapa como para estar aquí. Me tendrás aquí por un mes, así que... Un momento... —De repente caí en la cuenta de lo que acababa de decir— ¿Disculpa? ¿Que estás deseando verme desnuda? —Las palabras salieron atropelladas de mis labios —Eso no está incluido en el contrato...

—Soy plenamente consciente de lo que dice en el contrato —respondió él acercándose a mí. Después deslizó una mano por mi cintura, me levantó y me pegó a su cuerpo.

Quise gritar al notar lo firme de su enorme erección contra mi vientre. Vio mi expresión y se inclinó hacia mi rostro hasta estar tan cerca que sentí su aliento contra mis labios.

—Si consigo que te desnudes, no será porque te pagué por ello.

Me quedé completamente quieta, y un intenso placer se disparó desde todas mis extremidades. Una ola de calor se instaló entre mis piernas.

—Te quitarás la ropa para mí cuando lo quieras. Ni siquiera tendré que pedírtelo —susurró y se apartó. —Tengo trabajo que hacer. Estás en tu casa, no dudes en darte una vuelta por ahí, tomar el sol o usar la piscina. Necesito que estés lista y con un vestido de cóctel a las cinco en punto. Tenemos que asistir a una cena de negocios.

Mierda. Esto no entraba en mis planes. Controla las emociones Ana, controla las emociones...

* * * *

Usé mi tiempo libre para trabajar en mi bronceado y realizar algo de ejercicio nadando un rato. David, o Dave, como le gustaba que lo llamaran, no salió en ningún momento. Me lo imaginaba detrás de una de las numerosas puertas cerradas por las que había pasado de camino al patio.

Mientras me secaba expuesta al sol, una mujer amable salió al patio. Ella sonrió y se acercó a una cesta que había en una esquina junto a la puerta.

—Aquí tienes, querida —dijo mientras me entregaba la toalla.

Su cabello entrecano y sus cálidos ojos marrones me recordaron a una Mary Poppins algo mayor.

—Hola, soy Ana. Me cubrí por completo con la toalla para ocultar el minúsculo bikini que había encontrado en el vestidor. Había muchos más, pero eran todos igual de pequeños, así que había tomado uno al azar.

Mary Poppins sonrió y me tendió sus pequeñas manos.

—Yo soy la señora Gómez. Me ocupo de la limpieza, así como de cocinar para el señor Smith.

Asentí, me sequé el exceso de agua del pelo y me lo recogí en una cola de caballo.

—Quería traerte un pequeño snack, presentarme e informarte que, si necesitas algo, puedes llamarme pulsando el botón de asistencia de los interfonos instalados en todas las habitaciones. —Señaló el panel de botones que había en la pared—. Me aseguraré de darte las actividades del señor

Smith para que puedas estar preparada. ¿Te parece bien que te lo meta por debajo de la puerta por las mañanas?

Estaba allí contratada, igual que ella, sólo que a mí me pagaban por estar guapa y ahuyentar a las niñas ricas con complejo de zorrillas. Ambas teníamos suficiente que soportar.

—Como quiera, soy bastante fácil de complacer.

La señora Gómez me miró de arriba abajo. Una amable sonrisa adornó sus finos labios.

—Tengo la sensación de que eres de todo menos fácil de complacer, querida. —Me guiñó el ojo—. Esto va a ser interesante —comentó vagamente antes de darse media vuelta.

Disfruté de las vistas una vez más mientras divagaba en pensamientos... Parecía que me había tocado la lotería con este trabajo. Miré el reloj que había en la cocina y vi que tenía una hora y media antes de que el surfista rico y guapo necesitara de su nueva “acompañante” en mi primer día. Decidí que iba a poner todo mi empeño en sorprenderlo.

El señor Smith llegó a mi puerta, la golpeó y entró sin esperar a ser invitado. Nota mental: no te vistas en el cuarto o puede que le regales un striptease al señor de la casa. Aunque algo me decía que no le habría importado en absoluto, visto el modo en que sus ojos recorrieron mi figura de arriba abajo, no una, sino dos veces.

Las vistas a ese lado del cuarto tampoco estaban mal. Vestía un traje negro hecho a medida y estaba más elegante, guapo y delicioso de lo normal. Llevaba una camisa blanca con el cuello abierto que dejaba ver un poco su masculina garganta. Sostenía tres corbatas al tiempo que observaba el vestido que había elegido.

Me había puesto un vestido de cóctel de color morado oscuro. Tenía pedrería en el cuello, que descendía en dos líneas de tela por encima de mis pechos, dejando el centro abierto, mostrando un escote que hacía desear. Después se cruzaba a la altura de las costillas, con más pedrería, y dejaba unos seductores cortes en la parte más estrecha de mi cintura.

Jamás había llevado nada tan sensual, elegante y caro. La falda caía en forma de A y acababa recatadamente a la altura de la rodilla. Aunque tengo

un pecho generoso y no podía ponerme sujetador, ya que llevaba la espalda al descubierto, todo quedaba en su sitio, pues el vestido contaba con una especie de sujetador incorporado. Me sentaba muy bien, pero lo mejor de todo es que me sentía guapa por primera vez en mucho tiempo.

El pasmo se reflejaba claramente en su atractivo rostro de rasgos marcados. Levantó las tres corbatas y luego me las mostró.

—¿Cuál? —dijo, y tragó saliva para aclararse la garganta.

Sonreí con malicia, satisfecha de haber utilizado ese comodín por sorpresa.

Todas las corbatas eran muy bonitas, y una combinaba mejor que el resto con mi vestido, pero en lugar de seleccionar una, agarré el cuello de su camisa con las dos manos, se lo levanté y se lo coloqué por encima del traje.

—Mejor sin corbata. Estás guapísimo.

No veía razón para no ser sincera. Estaba guapísimo.

Su boca formó una sonrisa insoportablemente sexy. Me mordí el labio y sentí que el encaje de mis bragas se humedecía. Si no paraba, me terminaría lanzando a él.

—A mi madre no le gustará —susurró antes de agarrarme de la muñeca y tirar de mí.

Me tambaleé y caí encima de él, de manera que nuestros pechos quedaron pegados.

Cuando levanté la vista, me estaba mirando.

—Y... ¿siempre haces lo que te dice tu mamá? —lo reté.

Se echó a reír y sus ojos se tornaron de un precioso verde claro y los tonos amarillos resaltaron más. Pensé que podría quedarme mirando esos ojos durante días y sentir que había ganado un premio.

—No, pero es un evento que ha organizado ella. Me gusta ser un buen hijo cuando toca. —Se inclinó e inhaló profundamente junto a mi cuello—. Por Dios, hueles a sol y a la fresca brisa de verano —dijo recorriendo mi barbilla con los labios.

Una excitación instantánea hizo que se me pusiera todo el vello de punta,

desde las raíces del pelo hasta los pies.

—Y estás como para comerte —continuó, y me besó en la comisura del labio, sin que nuestras bocas llegaran a tocarse. Estuve a punto de quejarme, pero imagino que todo aquello formaba parte de su juego, y se le daba muy bien. Disfrutaba del arte de la seducción. Y en esos momentos, estaba dispuesta a seguirle el juego.

—Será mejor que nos vayamos o llegaremos tarde —le dije.

Dave sonrió y me acercó hacia él, dándome media vuelta y guiándome fuera del cuarto. Apenas me dio tiempo de agarrar el bolso a juego en el que tenía el móvil, el pintalabios y mis documentos. Cuando llegamos a la puerta para irnos, la señora Gómez nos estaba esperando allí.

—Estás perfecto, muchacho.

—Gracias, Nancy. —Se inclinó hacia adelante y la besó en su arrugada mejilla. Después se volvió hacia mí, me miró de nuevo de arriba abajo y se volvió una vez más hacia su criada/cocinera/ama de llaves..., no tenía muy claro qué era—. El vestido es perfecto —continuó, dándole las gracias.

Luego me guio hasta la limusina que nos esperaba frente a la casa.

¿Nancy ha comprado la ropa?... Al ver el tamaño de la limusina, todos mis demás pensamientos desaparecieron de repente y me quedé boquiabierta. Era larga, más larga que nada que hubiese visto jamás. Nunca había ido en limusina pero, conforme nos acercábamos, Dave volteó y me miró con una sonrisa divertida.

—¿Habías montado en una limusina antes? —preguntó, y era evidente que se estaba burlando.

Enderecé los hombros y caminé hacia el vehículo como si fuese algo que hubiera hecho un millón de veces.

—Pues claro que sí —respondí, y abrí la puerta.

Se llevó una mano a la boca y se echó a reír. Sentí vergüenza al no saber qué le resultaba tan chistoso.

—Entonces ¿por qué razón estás intentando entrar en el asiento del acompañante? —dijo señalando hacia la puerta que yo mantenía abierta.

Me asomé y vi el volante del conductor. Cuando corregí mi postura, me

di cuenta de que había un caballero vestido con lo que debía de ser el negro uniforme de un chófer sosteniendo abierta la puerta trasera.

—No iba a sentarme —aclaré—. Sólo quería preguntarle al conductor adónde íbamos —y me dirigí hacia la puerta abierta roja como un tomate.

Una vez sentados, me ofreció una copa de champán.

—Gracias.

Sonrió y se sirvió una también. Chocamos las copas.

—¿Por qué brindamos? —pregunté.

—Porque seamos amigos, ¿qué te parece? —Sonrió y puso su cálida mano en la parte superior de mi muslo, mucho más arriba de lo que lo haría un “amigo”, pero me gustó sentirla ahí—. Buenos amigos.

Me mordí el labio, y me miraba la boca hambriento.

—¿Amigos con derechos? —dije subiendo una ceja para conseguir un mayor efecto mientras cruzaba las piernas.

Él subió la mano unos centímetros más, hasta que empezó a tocar mi muslo desnudo.

—Eso espero —susurró, y se inclinó hacia mí.

Con el fin de frustrar sus planes y mantener mi cordura, levanté la copa de champán, me la llevé a los labios y bebí un buen trago del burbujeante líquido. Le había frustrado el beso.

Dave se apoyó en su asiento de nuevo, gruñó y se acomodó la entrepierna de una forma muy poco sutil. Me lanzó una mirada asesina mientras negaba con la cabeza y sonreía. Sí, iba a disfrutar de ese juego del gato y el ratón. Aunque, en ese momento, no estaba segura de quién era el gato y quién el ratón.

Llegamos a una mansión en las colinas de Malibú, no muy lejos de la casa de Dave. Subiendo los escalones pude ver a la gente reunida a través de las ventanas. Todo el mundo iba de punta en blanco y tenía una bebida en la mano. La mayoría de las mujeres presentes parecían tener mi edad, cosa que me pareció curiosa, ya que los hombres eran mayores.

—¿A qué te dedicas, por cierto? —susurré mientras me llevaba hacia el

bar.

Cuando entramos caí en la cuenta de que tenía muy poca información sobre qué se suponía que debía hacer, aparte de mantener a las zorritas fuera del alcance de Dave.

—Soy abogado. —dijo sin darle importancia mientras esperábamos a que nos atendiera el camarero.

Se me hacía raro que hubiese un bar dentro de la casa de alguien, pero la sala en la que nos encontrábamos era enorme, parecía un salón de baile, así que quizá no fuera tan extraño.

Me pasó otra copa de champán.

—¿Resuelves casos especiales? — pregunté mientras inspeccionaba el área.

Al instante vi a una manada de chicas dispuestas a atacar desde un rincón. No perdían de vista a Dave.

—Resuelvo la mayoría de los casos en California.

—¿Estarás detrás de uno de los casos donde he sido arrestada? — Bromeé y me volteé hacia él y sonrió.

—Probablemente —respondió con una risita, y bebió un trago de una bebida de color ámbar de un vaso de cóctel.

Podía oler el whisky a un kilómetro de distancia, y no me traía buenos recuerdos. Me estremecí y centré de nuevo la atención en unas muchachas que parecían buitres.

Dave situó una de sus manos sobre mi hombro descubierto y volteó los ojos.

—¿Qué pasa?

Me obligué a poner de lado la frustración que sentía con respecto a mi padre y su adicción a la bebida y al juego, que me habían metido en ese lío en primer lugar. Sacudí la cabeza.

—Nada.

Me levantó el rostro apoyando un dedo en mi barbilla y me miró a los ojos.

—Te pasa algo. No voy a volver a preguntártelo —me dijo.

Le quité importancia con aire despreocupado.

—No soporto el olor del whisky, no es nada importante.

Dejó el vaso sobre la barra y le hizo un gesto al camarero.

—He cambiado de idea. Querría una cuba libre, por favor —dijo, y el hombre asintió.

—No tenías por qué hacer eso — empecé, pero Dave me interrumpió levantando una mano hasta mi mejilla.

—Quería hacerlo. Ven, voy a presentarte a madre.

Lo seguí con pesadez. Lo único que quería en ese momento era salir por la puerta doble, dirigirme a la playa, meterme en el agua y ahogarme.

Dave me guiaba a través de la multitud. Los hombres me miraban con admiración al verme; sus mujeres, no tanto. Además, mi vestido no dejaba casi nada a la imaginación.

—Madre, padre —dijo él dirigiéndose a una pareja.

La mujer tenía el pelo rubio claro, casi blanco, y unos llamativos ojos azules. Tenía los labios generosos, como su hijo, y cubiertos de un pintalabios que iba muy bien con su tono de piel y los colores de su vestido. Lucía un collar y unos pendientes de perlas. Era la encarnación de la elegancia clásica.

El Smith de más edad le dio una palmada a su hijo en la espalda.

—Hijo —dijo con orgullo.

Su madre lo besó en ambas mejillas sin que sus labios llegasen a tocarle la piel.

—Madre, padre, ésta es Ana Mancuso, mi acompañante. —Sonrió, y yo les ofrecí la mano—. Ana, éste es Javier Smith, mi padre, y mi madre, Amparo.

—Encantada de conocerlos, señor y señora Smith.

—Ana y yo los veremos en el baile de la semana que viene —dijo Dave dirigiéndose a su padre.

—Ah, no. De eso nada. Quiero conocer un poco más a Ana, querido — recalcó, y puso una de esas sonrisas maternas que te hacen sentir que no hay nada más amado en el mundo que tú.

—Madre... —dijo Dave.

—Ay, cariño, relájate. Sé que Ana sólo es una amiga. Así que no va a pasar nada porque la traigas al almuerzo del domingo, ¿verdad? —preguntó usando un tono que yo sabía que haría que se sintiera muy culpable.

—Allí estaremos. ¿A la hora de siempre? —preguntó mientras intentaba relajarse.

Nos dirigimos de nuevo al bar.

—Necesito una copa —dijo Dave mientras me guiaba.

Me eché a reír sin poder evitarlo.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—¡Que siempre haces lo que te dice tu mamá! —Me volví a reír.

Cuando llegamos a la barra, me acerqué a él.

— ¡Eres un niño de mamá! —le dije al oído.

* * * *

Cuando volvimos a la casa horas más tarde, fingí estar cansada y prácticamente me dirigí corriendo a mi cuarto, pasé el seguro. Me quedé un rato esperando junto a la puerta, esforzándome por escuchar a través de la madera si Dave me seguía. Por mucho que deseara estar con él, debía mantener las distancias entre nosotros.

No había tiempo suficiente para autoconvencerme de que no debía involucrarme de un modo sentimental con él. Era tan agradable y tan normal. Aun así, debía recordar cuál era mi lugar. Yo no era más que alguien a quien había contratado para ayudarlo con un asunto en concreto.

Aunque, por otro lado, ¿por qué no podía pasarla bien? Yo era una mujer adulta. Los dos éramos jóvenes e íbamos a pasar casi un mes entero juntos.

No me vendría mal echar una buena cogida, relajarme un poco. Había pasado un año desde la última vez que había practicado sexo, y mi vibrador ya no me satisfacía. Necesitaba esa conexión física. Un cuerpo caliente y masculino.

Según el reloj de la mesilla de noche, era muy tarde. La una en punto de la madrugada. Lo habíamos pasado genial. Había jugado a contar la cantidad de veces que se le acercaba una cazafortunas y la cantidad de veces que me miraban mal. Veinticuatro. Veinticuatro “admiradoras” en una noche. Ahora entendía por qué me había contratado.

De repente me encontré a mí misma recorriendo la casa a oscuras. Cuando llegué al salón, me dirigí a un pasillo que no había visto antes. Sólo había una puerta de doble hoja al final. Pegué la oreja a la madera y oí el sonido de un televisor. Para mi propia sorpresa, toqué.

—Pasa —respondió Dave.

Respiré hondo y seguí. Dave no dijo nada cuando por fin fijé la vista en él. Tampoco se había movido ni un milímetro. De repente, mi corazón bombeaba con fuerza en mi pecho, y estaba convencida de que podía oír mis propios latidos. En lugar de fingir que había ido a preguntarle algo o que me había perdido y volver a mi habitación, me llevé la mano al cuello y me desabroché el cierre del vestido.

En un instante, el vestido cayó al suelo formando una pila de seda morada. Dave tragó saliva al ver cómo me apartaba el pelo que me había caído sobre la parte delantera del cuerpo y lo echaba sobre mi espalda. Me quedé totalmente quieta, vestida sólo con una braga negra de encaje y unos tacones de aguja.

—Ven aquí —ordenó Dave, su voz sonó profunda y excitada.

El tono despreocupado que había adoptado cuando nos conocimos y durante la fiesta había desaparecido y se había transformado en un tono de control, de deseo y de lujuria, mis tres cosas favoritas.

Con esfuerzo, me acerqué con paso lento hasta un lado de la cama y me detuve a medio metro de él. Dave recorría cada milímetro de mi cuerpo con la mirada, mis pezones se endurecieron hasta un punto casi doloroso, y el espacio entre mis piernas se humedeció. Con cada movimiento de sus ojos sobre mi piel desnuda, mi clítoris palpitaba y ansiaba sus caricias.

—Date la vuelta.

Yo me quedé callada. Aún sobre mis tacones, me volví y le di la espalda. Justo cuando creía que estaba a punto de morir, sentí una ligera caricia que empezaba en el cuello y bajaba lentamente por mi columna.

Sentí su aliento sobre mi cuello cuando me apartó el pelo hacia un lado. Rodeó mi cuerpo con el otro brazo y me agarró un pecho con fuerza justo cuando sus labios rozaron la parte más sensible de mi cuello. No pude evitarlo. Sus dedos pellizcaron la punta erecta de mi pezón, dejé escapar un gemido.

—Nena, tenemos que establecer unas reglas básicas —dijo contra mi piel.

—¿Reglas básicas? —dije mientras disfrutaba de la habilidad de sus dedos sobre mis pechos.

—Regla número uno: vamos a tener sexo como locos este mes. — Presionó con fuerza ambas puntas a la vez.

Lancé un grito de dicha, y el calor entre mis piernas empapó el hilo de tela que llevaba puesto.

—¿eso es una regla? —dije sin aliento, inclinándome más hacia atrás hasta pegar el culo a su pene erecto.

Me parecía una regla maravillosa.

Dave gruñó de placer y respondió retorciéndome los pezones, ejerciendo la presión justa para proporcionarme una cantidad perfecta de gozo y de dolor.

—La regla número dos es que, no nos acostaremos con nadie más.

Me mordí el labio y me concentré en menear las caderas contra lo que parecía un muy grande y grueso bulto.

—Hecho.

Apartó las manos de mi pecho por un momento y después volvió a colocarlas sobre él, algo húmedas. Las deslizó suavemente alrededor de cada aureola y me derretí. Apenas era capaz de mantenerme en pie.

Si seguía haciendo eso, me correría sin que llegase a penetrarme. Llevé

el brazo hacia atrás y lo agarré por detrás del cuello. Intenté volverme para besarlo, pero la fuerza con la que me tomaba de la cintura y la firme presión de su parte delantera contra mi trasero me lo impidió.

—Regla número tres: nunca dormiremos en la misma cama. No debemos confundir esto con algo que no es. Me gustas, Ana. Mucho. No tengo ganas de hacerte daño dejando que creas que estoy dispuesto a mantener una relación. ¿Entendido?

La mano que rodeaba mi cintura empezó a bajar lentamente hasta que llegó ahí, justo donde más deseaba tenerlo.

—Dios, sí, entendido —respondí, y empujé las caderas hacia adelante para recibir las caricias de su dedo.

Lo entendía muy bien. Ambos queríamos lo mismo. Amistad y coger.

De repente, me dio la vuelta, se puso de rodillas y me bajó las bragas de un tirón, que quedó a la altura de los tacones que aún llevaba puestos. Cuando nuestras miradas se encontraron, me abrió con los pulgares y empezó a lamirme el clítoris.

Me quedé sin palabras. Sólo era capaz de expresar monosílabos y jadeos. Habría jurado que estaba diciendo algo entre lametones, pero me costaba un mundo prestarle atención.

Al final, se apartó de mí y pude concentrarme. Lo agarré del pelo e intenté empujarlo de nuevo hacia mí clítoris.

—Regla número cuatro. —Sus ojos brillaban mientras se lamía los labios como si estuviese degustando la gran exquisitez que estaba a punto de disfrutar—. No te enamores —dijo con una sonrisa.

Después tomó mi palpitante sexo en su boca y jugueteó con mi clítoris dándole unos toquecitos con la lengua.

Casi me caigo al suelo. Me incliné hacia atrás, y él me ayudó a tumbarme sobre la cama, con las piernas colgando por el borde y bien separadas. Dave se posicionó entre ellas.

—Puede que eso sea imposible... —susurré mientras hundía la lengua en mi sexo.

Estaba a punto de correrme cuando se detuvo en medio de una

combinación perfecta de movimientos con los dedos y la lengua. Me quejé.

—¿Disculpa? —dijo con voz tensa.

—Relájate, Dave. Estoy enamorada de tu lengua. Ahora métemela y haz que me corra para que pueda devolverte el favor.

En su rostro se dibujó la sonrisa más sexy que jamás había visto.

—Contratarte ha sido la mejor decisión de mi vida.

Se lamió los labios y se inclinó de nuevo hacia mi carne mojada.

Levanté las caderas.

—Demuéstralo —lo provoqué.

Y lo hizo, una, y otra, y otra vez.

* * * *

La noche anterior, después de que hiciera que me corriera varias veces con la boca, le devolví el favor haciéndole una mamada de primera. Cuando terminó, nos bañamos juntos y hablamos mientras nos lavábamos el uno al otro.

En cuanto vi que se le endurecía otra vez, me arrodillé y me encargué de él. Entonces, él me hizo otro dedo hasta que quedé saciada una vez más. Resultaba extraño, pero esa mañana me había dado cuenta de que no habíamos llegado a practicar el coito ni una sola vez.

Es más, ni siquiera nos habíamos besado. Había sido, de lejos, la mejor experiencia sexual que había tenido hasta la fecha, y ambos habíamos dejado a un lado la parte emocional.

¿Tal vez ésa fuese la clave? Lo que mi mejor amiga, Stephanie, y todas mis demás amigas habían descubierto ya.

Coger... sin ataduras emocionales.

Parecía que iba en contra de mi naturaleza. Aunque yo misma me consideraba una mujer dura, con personalidad y con objetivos, siempre me había enamorado de todos los hombres con los que me había acostado.

Después de que terminé de bañarme, él permaneció en el baño y yo me dirigí al pasillo, atravesé el salón y me metí en mi cuarto. Recuerdo de forma vaga que Dave me tapó, me besó en la sien y me dijo: Buenas noches, nena.

Esa mañana me había despertado al oír la hoja con el programa de la semana deslizándose por debajo de la puerta. La señora Gómez nos había servido tanto a Dave como a mí mientras yo repasaba la agenda semanal. Dave me había explicado los detalles, como por ejemplo si un evento era informal o no, y yo había tomado notas sobre la ropa, los programas y el objetivo de cada uno de los actos.

* * * *

Por fin ya la cena con su cliente había acabado.

Apenas habíamos cruzado la puerta cuando Dave me dio la vuelta y usó su cuerpo para atraparme contra la pared. Al instante, pegó los labios contra la piel sensible de mi cuello. Con la lengua, hizo una larga línea entre mi clavícula y la parte trasera de mi oreja. Se me puso todo el vello de punta y cerré los ojos.

Metió las manos por debajo de mi falda y por encima de mi culo desnudo mientras me levantaba una pierna y luego la otra y me las colocaba alrededor de su cintura. Sostuvo mi alta y voluptuosa figura con su cuerpo y me presionó con más fuerza contra la pared.

—Te la voy a meter tan profundo que la vas a notar en la garganta — dijo.

—Mierda —exclamé sin darme cuenta mientras me llevaba en brazos hacia mi cuarto.

—Exacto.

Me dejó sobre la cama y se me quedó mirando.

—Quítate el vestido —me ordenó.

Tenía las pupilas tan dilatadas por el deseo que los ojos se le veían totalmente negros. Supe que se estaba tomando unos momentos porque abría

y cerraba el puño con fuerza y los tendones de su cuerpo sobresalían con ansias.

Me saqué el vestido por la cabeza y me quedé de rodillas sobre la cama con un conjunto de sujetador y tanga azul oscuro.

—Te toca. Quítate el traje —dije mientras recorría mi propio cuerpo con las manos hasta agarrarme los senos.

Dave apretaba los dientes mientras se apresuraba a sacarse la chaqueta y la corbata y se desabotonaba la camisa para revelar ese torso bronceado que tanto me gustaba. Me mordí el labio.

—Todo. Quiero que te lo quites todo —dije con voz grave.

Él sonrió, se sacó lentamente el cinturón y a continuación se desabrochó los pantalones. Sacó un condón de su bolsillo, rompió el envoltorio con los dientes y cubrió con él su dura erección, todo eso sin apartar los ojos de los míos. Entonces, me llevé una mano a la espalda y me desabroché el sujetador, que cayó al suelo justo al mismo tiempo que sus pantalones.

—Joder, me da vergüenza mirarte — dijo intimidado—. Eres tan perfecta...

—Tú tampoco estás mal —le contesté mientras disfrutaba de las vistas.

—Demuéstralo —me provocó con una sonrisa.

Gateé hasta el borde de la cama y coloqué las manos sobre su pecho firme. Me incliné y lamí el disco plano de su pezón. Él gimió y, después, hundió las manos en mi pelo y acercó mi rostro al suyo, a unos milímetros de su boca, lo suficientemente cerca como para que pudiera sentir mi aliento contra sus labios. Los humedeció, preparándose para ese primer contacto. Pero no se lo puse tan fácil y lo besé justo en la comisura de la boca.

—¿Estás jugando conmigo? —me preguntó con un tono travieso.

Me dirigí a una de sus mejillas, se la acaricié con la barbilla y le lamí y mordisqueé el lóbulo de la oreja.

—¿Por qué lo dices? —susurré asegurándome de soltar bastante aire contra aquel punto sensible para dejarle bien claras mis intenciones.

Me agarró de las caderas y deslizó los dedos por debajo de la goma del tanga. Luego tiró de él hacia abajo con brusquedad y me quedé sin aliento al

notar el aire en la humedad entre mis piernas.

—Me da esa sensación —respondió, y me empujó, dejándome caer en la cama.

Justo cuando abría los ojos sentí sus manos sobre mis rodillas. Me separó las piernas por completo y gruñó al ver mi sexo hinchado y mojado. Pasó un dedo por la humedad. Un gemido escapó de mis labios cuando jugueteó con mí clítoris.

—Voy a comerte —dijo mirándome a los ojos—. Pero antes necesito estar dentro de ti, mira como te penetro por primera vez.

Y lo hice. Observé cómo me penetraba lentamente, centímetro a centímetro. Los labios de mi vagina se estiraron para dejar entrar a su pene, y su grosor hizo que me sintiera llena, ensanchada al máximo de mi capacidad.

Gruñí y eché la cabeza atrás, incapaz de seguir mirando mientras introducía aquel último centímetro. Ya lo sentía hasta lo más hondo.

—Ana —susurró con voz firme.

Abrí los ojos de golpe y observé su lujuriosa mirada. Él se apoyó sobre los codos y colocó las manos sobre mis mejillas. Retiró las caderas y empujó hasta el fondo al tiempo que pegaba su boca a la mía. Unidos en ese momento como un solo ser, ya no había una Ana y un Dave, sino un nosotros.

Lo rodeé con las piernas y los brazos, aferrándome a él mientras me penetraba. Su pene alcanzaba lugares de mi interior que ni siquiera sabía que tenía. Me provocaba sensaciones tan intensas que grité y me agarré a él cuando llegue al primer orgasmo.

Dave me penetró durante mi orgasmo, pero seguía sin terminar. Me lamió los labios y salió de mí. Sin darme tiempo de quejarme y me dio la vuelta.

—Qué culo tan perfecto. —Me dio una nalgada y volvió a hundirse en mí.

Dave me agarró de las caderas y me penetraba con un ritmo que me hacía querer más.

—¡Necesito sentir esa presión en mi pene, Ana!

Sus dedos bajaron hasta mi clítoris, y llegué al clímax de nuevo. Después de tres rápidas entradas y salidas de su pene en mi vagina, todo su cuerpo se detuvo pegado a mi cuerpo, y comenzó a latir dentro de mí.

Se dejó caer a mi lado y me abrazó, parecíamos adolescentes. Me acomodé en su pecho mientras me preguntaba qué pasaría ahora.

* * * *

Los siguientes días los pasé sola porque Dave estaba trabajando en un caso que, al parecer, trataba de una estafa gubernamental. Cuando llegaba cenábamos juntos, veíamos una película o él leía un libro.

Después teníamos sexo como locos hasta que uno de los dos se levantaba y se iba a su propio cuarto. Me estaba divirtiendo mucho, y disfrutaba de un sexo que jamás había probado y no me quejaba. Lo que más me gustaba era que no habían sentimientos de por medio. Cada vez me gustaba más este trabajo.

Me dejé caer sobre un lado de la cama después de haber montado a Dave como una experta.

No pasaron ni cinco minutos y se inclinó sobre mí y me besó. Me mordió los labios haciendo que no me despegara de él, se puso debajo de mí y con sus manos me volvió a colocar encima de él.

* * * *

Eran las diez de la mañana y la verdad que hubiera querido quedarme en cama. Después de la noche anterior, estaba más muerta que viva. Pero, ya habíamos quedado con la madre de Dave y debíamos ir al almuerzo de los domingos, que al parecer era una rutina de los Smith.

—Hoy estás hermosa, Ana—me halagó la madre de Dave, y me dio un abrazo.

—Gracias, señora Smith. Su casa es muy bonita.

Una vez que me presentaron a toda la familia nos sentamos a la mesa, empezó la diversión.

—Dime, Ana, ¿a qué te dedicas? — Me preguntó Gabriela, la hermana de Dave—. ¿Se conocieron por trabajo?

—Podría decirse que sí —respondí.

—Claro que se conocieron por trabajo. Ana es una Dama de Compañía —soltó sin más Amparo Smith y en tono despreocupado.

Gabriela abrió los ojos tanto que parecía doloroso.

—¿Eres prostituta?

—¿Disculpa? — Dije. Me quedé pálida.

—Entonces ¿no te acuestas con mi hermano? —preguntó Gabriela.

—Pues... —empecé a responder.

—Eso no es asunto tuyo. —Respondió Dave.

Comimos en silencio y unos minutos después había sido como que si fuese pasado nada. El resto de la tarde transcurrió tranquilo. Me reí más esa tarde de lo que lo había hecho en todo un año. Para alguien como yo, que nunca había tenido una auténtica familia, aquel ambiente alegre resultaba un poco raro.

Cuando ya nos íbamos, Amparo le hizo prometer a Dave que volveríamos el domingo siguiente. Él accedió.

Ya el coche estaba en marcha y no habíamos cruzado palabras desde que salimos de la casa de sus padres.

—¿Por qué estás haciendo esto? —Preguntó de repente.

Era demasiado pronto. No estaba preparada para compartir mi carga con nadie. Dave era tan buena persona que probablemente querría solucionarlo, quizá pagar la hipoteca o alguna locura por el estilo. Pero era mi problema. Me limité a mirar por la ventana, ignorando su pregunta.

—¿Me lo contarás algún día? —Insistió.

—Sí —dije.

* * * *

—Despierta, nena —oí justo después que me dieran una nalgada tan fuerte como para dejarme la piel de la zona palpitante.

Me incorporé de un brinco y agarré el edredón para cubrir mis partes íntimas

—Pero ¡¿qué coño te pasa?! —grité.

Me respondió con una sonrisa en lugar de una disculpa.

—Levántate y ponte algo cómodo. ¡Nos vamos a la playa! — exclamó entusiasmado.

—¿Cómo que vamos a la playa? ¿Eres consciente de que es enero y hace un frío cómo para congelarse? —Me cubrí la cabeza con el edredón.

Sentí cómo el colchón se hundía y me abrazaba. Dave me quitó el edredón de la cabeza de un tirón. Luego se inclinó y me dio un beso lento, húmedo y tan profundo que no pude evitar apretar los dedos de los pies. El espacio entre mis muslos comenzó a calentarse y a palpar. No había duda de que sabía besar. Retiró algo más el edredón y me acarició los pezones, primero con la nariz, y después llevándose la punta a la boca y tirando de ella.

—Así es como se despierta a una mujer —dije conteniendo los gemidos.

Me recompensó chupando con verdadera intensidad mis senos.

—Lo recordaré la próxima vez. Si hago que te acabes, ¿estarás de mejor humor?

Dándome suaves besitos, su cabeza descendió desde mis senos hasta mis costillas, y después por el centro de mi abdomen hasta que llegó... justo ahí, y me dio todo lo que quería y más.

Después empezó a frotar mi clítoris con la lengua una y otra vez, hasta que me vine. Arqueé el cuerpo y levanté las manos en el aire para aferrarlo contra mí. Disfrutando del momento tanto como yo. Puede que incluso más, por el modo en que me penetró.

Llegamos a la playa una hora después, y allí nos estaba esperando un hombre, un instructor de surf llamado Gregorio.

— ¿Me has traído aquí para que los vea surfear? —pregunté después de darle la mano al hombre.

Dave miró a Gregorio, después me miró a mí y sonrió.

—No —dijo—. De hecho, te he traído aquí porque tú y yo vamos a surfear. Gregorio me ayudará a enseñarte en qué consiste esto.

Miré a Dave. Su pelo castaño claro ondeaba en el frío aire de la mañana.

—¿Estás hablando en serio?

Asintió y señaló a Gregorio.

El instructor se dio la vuelta y sacó un traje de baño completo -de los que usan los surfistas- que parecía de mi talla.

—Éste te debe de quedar. ¿Cuánto mides? ¿Uno setenta y cinco? Y ¿cuánto pesas? ¿Sesenta y tres kilos?

—Uno setenta. Y ¿no te enseñó tu madre que no se le debe preguntar el peso a una dama?

Gregorio sacudió la cabeza y se echó a reír.

—La verdad es que no.

—Pues muy mal —dije muy seria—. Es de muy mala educación, y a las mujeres no nos gusta. ¿Estás casado? —Negó con la cabeza—. ¿Tienes novia? —Volvió a negar con la cabeza, sonriendo todavía— No me extraña —le dije con ironía.

Dave se echó a reír.

—Tiene razón, Gregorio —le dijo.

Me probé el traje y después de varios intentos de meter mis tetas en el, estuve lista. Gregorio empezó a explicarnos cosas básicas pero importantes y la verdad no le estaba prestando mucha atención. Dave me veía con ganas de comerme ahí mismo después que salí del vestidor.

¡Yo sólo quería meterme en el agua y probar de qué se trataba eso de una vez!

Por fin, Gregorio terminó con su introducción al surf y Dave me guio hasta la playa.

—Puedo llevar mi propia tabla, ¿sabes? —le dije.

—Estoy convencido de que hay muchas cosas que puedes hacer, nena. Pero no me sentiría lo suficiente hombre si no ayudara a mi chica.

¿Su chica? ¿Acababa de decir eso?

—¿Tu chica? —pregunté antes de que aquello se convirtiera en algo sentimental. Sonrió.

—Bueno, ya sabes lo que quiero decir —dijo sin importancia.

Eh... no. No tenía ni idea de qué quería decir. Gregorio nos dio las instrucciones, o bueno, me dio las instrucciones de remo y como tomar las olas.

Una vez que los nervios de la novedad desaparecieron, descubrí que podía tomar olas pequeñas estando boca abajo. Remé de vuelta a la orilla y lo vi ahí súper orgulloso de mí.

—¿Has visto eso?! —grité entusiasmada mientras corría en su dirección.

—¡Claro que lo he visto! ¡Ha sido increíble!— dijo con los brazos abiertos.

Me lancé a sus brazos y ambos caímos al suelo. Un segundo después, sus labios estaban pegados a los míos, y sus manos hundidas en mi pelo mojado. Su boca sabía a sal y a mar. Era algo mágico.

Seguimos besándonos durante unos minutos, hasta que un ronco carraspeo nos interrumpió. Dave había desplazado las manos de mi cabeza a mi culo, y me presionaba de tal manera que sentía su firme erección justo donde más quería tenerla. Nos separamos lentamente, ambos sonriendo como idiotas al ver la expresión divertida de Gregorio.

—Estuviste genial—dijo con orgullo, y me acarició la mejilla con el pulgar antes de darme un besito en los labios.

—¿Podemos volver? —pregunté emocionada me encantaba la idea de volver a enfrentarme a las olas.

—Por ti, lo que sea. Mi dulce Ana.

* * * *

Ya era la tercera semana en la que mi vida se había tornado alrededor de puras reuniones, eventos y salidas importantes con Dave. No me molestaba salir y beber un poco de champán caro y comer cosas ricas, pero era un poco aburrido estar detrás de Dave apartando a zorrillas que se le pretendían insinuar.

Dejé en un plato el pastel de hojaldre que había pedido y me bebí de un trago el resto de la copa de champán.

—¿Estás intentando emborracharte? —Volteó los ojos, pero una leve sonrisa en la comisura de su boca confirmaba que quería jugar.

—¿Por qué lo dices? ¿Vas a aprovecharte de mí si lo hago? — pregunté mientras presionaba con firmeza mis tetas contra su pecho.

—No lo dudes —respondió.

—No juegues conmigo. No es justo, teniendo tú negocios que atender — dije, y le di un beso a un lado del cuello, asegurándome de arrastrar los labios.

—¿Cómo voy a dejar que te vayas dentro de ocho días? — Sus ojos confirmaban la sinceridad de su comentario.

Lo miré directamente a los ojos, a esos ojos que había llegado a adorar por encima de todos los demás.

—Las cosas son como son. Como tienen que ser —le recordé.

Se inclinó hacia adelante y pegó su frente a la mía.

—Y ¿qué pasa si yo no quiero que sea así? —dijo refiriéndose a aquello que los dos habíamos acordado que no debía suceder.

La idea, la pequeña sugerencia de que pudiera haber algo más, iba en contra de todo lo que habíamos negociado cuando había firmado el contrato. También iba en contra de las normas que él mismo había establecido la

primera vez que nos habíamos acostado hace dos semanas.

—Shh —dije.

—Está bien —dijo

Yo no tenía otra opción. Incluso si quisiera algo más, cosa de la que todavía no estaba segura, no sería posible.

—Vamos a bailar —sugirió Dave.

Mientras bailaba junto a él, pensé en nuestro tiempo juntos. Las últimas dos semanas habían sido un sueño hecho realidad.

Me iba a costar dejar a Dave.

—Oye, te has puesto roja. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Hace calor. Y tú me das aún más calor. —Apoyé la barbilla en su pecho y levanté la vista.

Tenía la mirada fija en mi rostro, y sus ojos admiraban los rasgos de mi cara.

—¿Sabes? Creo que eres la mujer más valiosa que he conocido en toda mi vida, aparte de mi madre y de mi hermana.

—¿Valiosa? —pregunté confundida.

—Sí, me importas Ana.

Lo abracé con fuerza. Quería que sintiera lo mucho que me importaba él también, no encontraba las palabras para expresarlo.

—Ana, tienes que saberlo.

No quería oír que me confesara unos sentimientos a los que yo no podía corresponder.

—Ana, escúchame... —lo miré y esperé a que dijera lo que iba decir—. Que no vayamos a estar juntos como pareja cuando te vayas no significa que no podamos seguir en contacto, como amigos.

Sentí una sensación de alivio y una gran sonrisa se dibujó en mi rostro.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad, ahora, tomemos algo y disfrutemos del resto de la

noche.

* * * *

Le importaba. Se me inundó el corazón de felicidad al pensar en lo que había pasado hace unas noches, cuando Dave me había confesado sus sentimientos.

No sabía qué pensar o cómo tomarme esa información. Habíamos quedado en no involucrarnos sentimentalmente. Aunque, para ser sincera, yo no podía afirmar que no sentía nada por Dave. Claro que lo sentía. ¿Estaba enamorada de él? No lo creía. Me había pasado todo el tiempo tan obsesionada con no enamorarme que no me había dispuesto ni siquiera a abrir mí corazón.

—¡Cielo, ya estoy en casa! —La voz de Dave sonó por toda la casa y llegó hasta el exterior, donde estaba en la piscina, relajándome, tomando el sol.

Salió al patio, vestido de traje y con una sonrisa en la cara. Siempre estaba guapo, pero cuando se ponía elegante tenía algo que me volvía loca.

Salí de la piscina impulsándome sobre el borde y me senté encima de éste.

Dave dejó de caminar hacia mí y se quedó quieto, justo al otro lado de la piscina. Me estaba mirando, pero no a los ojos. Me apoyé en las manos y me incliné hacia atrás, arqueé la espalda, levanté el pecho hacia el cielo y eché la cabeza atrás. El pequeño bikini que llevaba puesto no dejaba nada a la imaginación, y cuando levanté la vista para ver si mi pequeño show estaba funcionando, vi que se había lanzado a la piscina.

Llegó al borde de la piscina sin salir a respirar y tiré de él entre mis piernas. Él me puso sus manos sobre las rodillas y me las separó.

Me besó como si no fuese a tener otra oportunidad de hacerlo, como si se muriera por saborear mis labios. Metió los dedos por debajo de los diminutos triángulos del bikini y apartó la tela para dejar mis senos al descubierto. Lamió la punta de uno de ellos con la lengua antes de chuparlo con fuerza.

Solté un grito de placer y mis manos se aferraron a su cabeza.

Cuando me llevó al borde del orgasmo jugando con mis tetas, cosa que le encantaba hacer, me empujó hacia atrás. Sus dedos hallaron las tiras laterales de la parte baja del bikini y tiró de ellas.

En el momento en que su lengua rozó la parte más sensible de mi clítoris, mis manos se aferraron a su cabeza para mantenerlo ahí. Él me las quitó y me las colocó en el suelo.

Con la punta de los dedos, me separó los labios y usó la lengua para llevarme al límite del placer.

—Dios mío, Ana, podría pasar todo el día comiéndote —dijo con los dientes apretados y chupó con fuerza mi clítoris.

Llegue al segundo orgasmo. Me temblaba todo, hasta que Dave me agarró de la cintura, levantó mi peso y me metió en el agua.

Antes de recuperar del todo la razón, rodeé su cintura con las piernas y apoyé la espalda contra el borde de la piscina.

—Voy a hacértelo tan bien que voy a asegurarme de que me sientas incluso cuando ya no estés aquí, nena —dijo, y me penetró con fuerza.

—Recuérdame —dijo con fuerza, y me penetró llegando a ese punto con el que me provocó el orgasmo más intenso y más largo de mi vida.

Ya no era dueña de mi propio cuerpo. Mi voz ya no era mi voz. Me vine con su boca contra la mía, besándonos, sintiendo cada caricia, cada roce de lengua contra mis labios.

Me llevó, mojada y cargada en sus brazos, hasta su cuarto y me dejó sobre la cama. Se quitó la corbata y la camisa empapadas, y después se colocó de rodillas encima de mí. Me separó las piernas y se deslizó entre mis piernas hacia mí clítoris hinchado una vez más. Conectados. Estábamos totalmente conectados. Esta vez no me cogió fuerte, sino que me hizo el amor de una manera lenta y dulce.

* * * *

—¡Hola, idiota! ¡Cuánto tiempo! —me saludó Stephanie por teléfono.

—He estado trabajando, zorra.

—¿Vas a venir a casa? —preguntó Steph mientras me ponía el vestido que iba a llevar al acto social de esa noche.

Dave iba a llevarme a una especie de fiesta del cine con sus colegas.

—Ojalá. Pero me voy directamente a Seattle tres días después de dejar Malibú. La señora Jessica me ha enviado el boleto por email y me pasó toda la información de mi próximo y último cliente.

—Prométeme que vendrás pronto, te echamos de menos.

—Lo haré, lo haré. ¡Adivina! —dije emocionada al recordar todo lo que había pasado con Dave y así desviaba un poco el tema, la verdad es que yo también los echaba de menos pero debía sacar a mi familia de esta. No quería que quedáramos en la calle.

—¡Dime!

—¡Dave me ha enseñado a surfear!

—¡Que genial! Yo nunca he visto el mar —se quejó—. Cuando te hagas rica siendo Dama de Compañía, ¿me llevarás para que vea el océano?

Me eché a reír, adoraba sus ocurrencias.

—Te quiero, imbécil. —me despedí.

—Yo a ti más, ridícula. ¡Ven pronto! —gritó y colgué.

La extrañaba muchísimo y a mi hermana, Sofía, también.

* * * *

El Darlyn's Restaurant de Malibú era un sitio de cache. Era como entrar en tu propio mundo *caro* privado.

Cuando llegamos, una amable chica nos guio hasta una zona privada que se encontraba fuera. El enorme patio tenía un suelo de madera natural y estaba cubierto por unos inmensos muebles de piel.

Desde cualquier punto de aquel sitio había vistas de todos los ángulos de la playa. El sol se estaba poniendo, y los colores del cielo se reflejaban en el mar. Era una imagen increíblemente bella, magnífica. Dave me sorprendió por detrás y me estrechó entre sus brazos mientras yo me agarraba a la barandilla. Me abrazó contra su torso.

—Hermosa —me dijo al oído, y me acarició el cuello con la punta de la nariz.

—Sí, es una vista muy bonita — respondí.

—No me refería a la vista, sino a ti.

Me dio un beso justo en ese punto en el que el cuello se une con el hombro que hace que se te pongan los pelos de punta por los escalofríos y al mismo tiempo te llena de excitación.

—Exagerado. —Le pellizqué los vellos del antebrazo mientras sonreía cuando él intentaba quitar su brazo y no lo dejaba.

—¡Ay! Ésta es la última vez que le regalo un cumplido a una mujer — dijo siendo dramático mientras se sobaba el brazo.

Me volteé, lo agarré del cuello y lo besé. Nada que no pudiese hacer delante de sus colegas, sólo un besito en los labios. Lo había echado de menos todo el día mientras estaba en el trabajo, y ésa era la primera ocasión que tenía de estar cerca de él.

Se apartó y se me quedó mirando. Negó con la cabeza y sonrió. Yo sabía que quería decirme algo, pero en ese mismo instante supe que iba a ser algo que me costaría sobrellevar. De nuevo el tema de los sentimientos y la verdad es que sí creía sentir algo por él también.

—¿Vamos a comer y a beber algo? —me adelanté.

Él dejó caer los hombros decepcionado. Había interrumpido el momento.

—Claro —respondió, y me cogió de la mano y me llevo hasta el bar.

Pedimos nuestras bebidas y, en ese momento, un camarero se acercó y nos ofreció unas mini pizzas hawaianas. Mientras estábamos hablando y comiendo, la mujer más guapa, elegante, bella, femenina que había visto en mi vida se abrió paso entre la multitud. Llevaba un vestido de cóctel sin tirantes de color beige oscuro que resaltaba perfectamente sus grandes

atributos.

La falda le llegaba justo unos tres dedos por encima de la rodilla y mostraba sus espectaculares piernas largas. Tenía una cabellera negra muy parecida a la mía, aunque su cabello lucía unos preciosos rizos sueltos que caían sobre su perfecta piel bronceada. Unos labios beige brillante y los ojos ahumados completaban el look.

Esa mujer era el sueño de cualquier hombre y también la pesadilla de cualquier mujer. Excepto la mía. ¡Yo quería ser ella!

—Corina. —Dave alargó la mano hacia la despampanante mujer—. Te presento a mi amiga, Ana Mancuso.

La mujer abrió los ojos como platos y en sus labios se dibujó una sonrisa al oír la palabra amiga. Puso una mano sobre el hombro de Dave, lo devoró con una mirada llena de deseo, luego se volteó hacia mí. Dave estaba completamente babeado con ella. Y yo también. Una belleza natural como la suya no se veía todos los días.

—Corina Espinoza. —Me tendió la mano y se la estreché—. Los amigos de Dave son mis amigos. —Su voz sonaba como si estuviese cantando en tonos dulces, sólo que con un tono femenino muy sensual. Después de darme la mano, se puso delante de mí y presionó con descaro su pecho contra el de Dave.

—Estoy deseando empezar a trabajar en el caso contigo. Tu argumento es fascinante. —Levantó la mano y le acarició el cuello de la chaqueta. Él se quedó mirando a aquella mujer tan sexy a los ojos, incapaz de decir alguna palabra.

Me sentía casi como si estuviera metiéndome en un momento privado. Era evidente que sobraba en la conversación. Y, a pesar de lo que me había prometido a mí misma, me estaba poniendo celosa. No, oficialmente no tenía ningún derecho sobre Dave, pero era su acompañante durante los pocos días que quedaban. Intenté aclararme la garganta, pero no conseguí romper el enlace que la mujer, -al parecer colega de Dave- ejercía sobre él.

—Tal vez podríamos repasar el caso en mi casa unos días antes de la presentación en la corte, ya sabes, para que no haya malinterpretaciones. — Se mordió el labio inferior y sentí como me ponía roja de la molestia.

¿Quién coño se creía que era?!

—Bueno... claro. Sí, suena... eh... — Empezó a decir Dave y fue la gota que rebasó el vaso. La aparté de en medio, interrumpiéndolos cortésmente.

—Cielo, tengo hambre. ¿Nos sentamos a comer? —Usé su mismo truco y pestañeeé, pero estaba convencida de que mi gesto no había logrado el mismo efecto. Dave me miró, sacudió la cabeza y sonrió. Sus ojos se iluminaron y me abrazó hacía su pecho, agarrándome de la cintura.

—Por la señorita Ana, lo que sea — dijo, y me besó en la frente—. Si nos disculpas, Corina...

Miré a la hermosa víbora de pelo negro. Se había quedado boquiabierta, como si no pudiese creer que me hubiera entrometido entre ellos cuando, en realidad, era ella la que lo había hecho.

—¿Ana? ¿Fue de ella de quién estabas tan emocionado de haber conocido? —Dijo.

Dave me miró con una sonrisa de las que hacen que se te caigan las bragas al suelo.

—Sí, Ana es la chica de la que nunca dejo de hablar—dijo sin mirar a Corina.

Ese gesto me llenó el corazón de alegría y tristeza a la vez al saber que pronto me iría.

—¿Por qué lo dice como si te fueras pronto? —me preguntó Corina directamente a mí, cruzándose de brazos por encima de sus generosos pechos.

Respiré hondo y cerré los ojos.

—Me voy Seattle —respondí, y vi cómo Dave se ponía incómodo.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Por cuestión de trabajo. —No se me ocurría nada mejor que decir. Era la verdad, pero no iba a contarle a esa víbora que estaba allí contratada, ni que Dave era técnicamente un hombre libre. Ella puso los ojos en blanco.

—¿A qué te dedicas?

—Bueno, en este caso voy a hacer de modelo para un artista mientras me retrata durante un mes.

Corina esbozó una sonrisa falsa.

—Y ¿llevarás ropa puesta mientras te pinta? —dijo dando justo dónde quería llegar.

—Creo que ya es suficiente, Corina. Nos vemos en la sala de reuniones dentro de una semana. Vamos, Ana, vayamos a buscar un sitio donde sentarnos y a comer algo. —Dave me agarró de la cadera y me dio la vuelta mientras se abría camino hacia la dirección opuesta a la bella pero ácida colega de él.

Llegamos a una mesa que había en un rincón y que tenía unas vistas aún mejores del océano por la noche. Un camarero se acercó, nos sirvió nuevas bebidas y nos puso un platito con pequeños bocados de sushi. Agarré un bocado y dejé que se me deshiciera en la boca. Entonces, Dave me abordó con varias preguntas.

—Así que Seattle, ¿eh? —Asentí. No me apetecía hablar de aquel tema con él—. Y ¿ha acertado Corina con sus preguntas de mal gusto?

Me comí un bocadito de pescado y me costó un mundo no gemir de placer. Dios mío, ese sitio era increíble.

—Contéstame, Ana. ¿Vas a posar desnuda delante de ese artista mientras te pinta? —insistió Dave. En lugar de responder, me hice más pequeña en mi asiento—. Es una pregunta muy sencilla —añadió apretando los dientes.

—Puede ser, es probable. Pinta algunos desnudos, así que es una posibilidad —dije pensando que esa respuesta era mejor que decirle la verdad absoluta o una mentira directa. Dave sacudió la cabeza y bebió un gran trago de cerveza.

—Necesito una puta bebida de verdad. —Se levantó y se fue muy molesto hacia la barra.

Me dejé caer sobre el respaldo de la silla y entonces recapitule sobre cómo estaba yendo la noche.

Primero yo me había puesto celosa por él, y ahora él estaba celoso de un tipo que ninguno de los dos conocía. ¿Qué coño estaba pasando? Cuando volvió, lo hizo con un vaso lleno de un líquido ámbar que consiguió que se me revolvieran las tripas. Desde la primera noche que salimos, había tenido la consideración de no beber whisky, cosa que agradecía. Pero ahora se lo

estaba bebiendo como si fuera agua.

—¿Por qué estás molesto?

Negó con la cabeza.

—No lo estoy —dijo apretando los dientes, y vi cómo le temblaba de rabia la mandíbula.

—Me parece que sé distinguir cuándo estás molesto y cuándo no lo estás. Hemos estado viviendo juntos casi todo el mes.

—¿De verdad quieres hacer esto? —preguntó por fin.

—No es qué si quiero hacerlo o no. ¡Tengo que hacerlo! —dije inclinándome hacia adelante.

Él miró a su alrededor.

—No tienes que hacer nada que no se te venga en gana. Siempre se puede elegir. Puedes quedarte. —Y ahí estaba. Quería que me quedara, aunque sabía que no podía hacerlo.

—No...

—¿Por qué no?! ¿Porque haría que sintieras algo? —dijo desbordando ira.

Me levanté y me retiré. Dave no me siguió.

El fuerte sonido de un vaso de cristal partiéndose me despertó de un sueño profundo. Me levanté y recorrí el pasillo de puntillas para no hacer ningún ruido, hasta que descubrí a Dave riéndose, con media chaqueta puesta y la otra media retorcida alrededor de su mano, como si hubiese estado intentando quitársela. Me acerqué a él y lo ayudé a quitársela.

Fue una mala idea.

Una vez libre, me aprisionó contra la pared, con los labios en mi cuello. Me mordió con fuerza y grité mientras intentaba apartarlo.

—Ana, Ana, Ana..., te deseo tanto... No quiero perderte..., por favor —me rogó, pero no tenía ni idea de qué quería decir realmente con aquellas palabras ebrias y arrastradas.

—Estas muy mal, vamos a la cama —dije intentando que recobrara la

compostura. Dio unos cuantos pasos. Entonces, se detuvo y me abrazó contra él. Golpeé una pared con la espalda. Esta vez me agarró un pecho y me retorció el pezón cómo sólo él sabía. Gemí.

—Sí, Ana. Me encantan esos ruiditos que haces. Son algo entre un gemido y un lamento. Me ponen muy duro el pene.

Y la dura erección que empujaba contra mi cadera demostraba que no estaba jugando. Sin darme tiempo a moverme, me agarró una pierna y me la colocó alrededor de su cadera. Incluso borracho, sabía perfectamente lo que se hacía, sólo que sus movimientos eran algo más torpes y menos coordinados.

—Dave, aquí no. Tenemos que llevarte a la cama.

—¿Vienes conmigo? —dijo en tono de súplica mientras me lamía y me mordisqueaba el cuello—. Quédate conmigo hoy.

—Sí, claro. Cogemos en tu cama esta vez —le contesté mientras lo guiaba hacia su cuarto.

Una vez allí, se puso delante de mí, me agarró de las caderas y me besó. Incluso a pesar del whisky, el único licor que no soportaba, sabía a gloria.

—No —dijo—, quiero que duermas conmigo. Toda la noche. Quiero despertarme contigo a mi lado por una vez —me rogó llevándome hasta la cama.

Se sentó, me bajó las bragas y yo me quité la camisa del pijama, quedándome como vine al mundo delante de él.

—Adoro este cuerpo.

Su mano bajó desde mi clavícula hasta uno de mis senos. Me dio un pequeño toque y continuó bajando hasta la curva de mi cintura, por encima del hueso de mi cadera y hasta mi muslo. Me estremecí cuando completó el recorrido hasta la parte interna y rozó mí flor.

—Sólo por hoy, quédate toda la noche. Deja que amanezca a tu lado. — Se inclinó hacia adelante y se llevó uno de mis pezones a la boca. Una corriente eléctrica recorrió mis extremidades y encendió el placer, seguido rápidamente por el deseo y la necesidad.

—Sólo por hoy —dije.

Esa noche hicimos el amor por segunda vez, un amor desesperado y doloroso. En algún momento Dave se despertó sobrio y me tomó de nuevo. Me dijo que quería repetir todo lo que habíamos hecho para asegurarse de recordarlo. Yo sabía que jamás me olvidaría. Cuando desperté, Dave me estaba mirando. El pelo, castaño claro y enmarañado, le tapaba los ojos, y se lo aparté para poder contemplar su rostro bajo la bonita luz de la mañana.

—¿Por qué eres Dama de Compañía? —me preguntó.

No me estaba juzgando. Sólo me lo preguntaba, como si fuese algo que hubiese estado deseando saber desde el primer día. Y era probable que fuese así. Había llegado la hora. Merecía saber por qué no podía darle más. Sé que quería que me quedara a vivir con él para ver cómo salía la cosa estando juntos de verdad.

Él sabía que a mí no me importaba que estuviera tan ocupado, que era la razón por la que se negaba a tener relaciones sentimentales. Sabía buscarme la vida, y lo había demostrado. No era la típica mujer dependiente, como la mayoría de aquellas mujeres que aparentaban ser felices al lado de alguien con mucho dinero para no hacer nada más el resto de sus vidas.

Pero ése era el tema. Yo no quería ser una mujer interesada, ni una novia, de hecho. Necesitaba encontrar mi propio camino, ser yo misma. Y, en esos momentos, no podía hacerlo porque tenía que sacar a mi familia de ese rollo para no quedarnos en la calle. En lugar de esquivar la verdad o de inventarme algo creíble, se lo conté.

—Mi casa ha sido hipotecada, mi padre cayó en los vicios del alcohol y el póker e hipotecó la casa para poder seguir con su vicio y saldar las cuentas en las que se metía. El gerente del banco fue a hablar conmigo un par de semanas antes de que te conociera trabajando en... esto. Y es mucho dinero.

—Yo tengo mucho dinero —dijo tranquilamente.

Los ojos se me humedecieron al oírlo. Me volteé hacia él, uní las manos como si fuese a rezar y me las puse debajo de la mejilla. Él imitó mi postura.

—Sí, lo sé, pero es tu dinero. Mi padre nos ha metido en un lío con el banco porque es adicto al juego. Estoy trabajando para pagar esa deuda.

—¿Cuánto te dijo el gerente qué era?

—Un millón.

Exhaló despacio.

—Yo tengo dinero de sobra, Ana. Podría ayudarte.

Negué con la cabeza. Sabiendo la clase de hombre que era Dave Smith, estaba segura de que, en cuanto descubriera que mi familia tenía problemas, iba a querer ayudar. Pero ese problema era mío, no suyo.

—Lo sé, pero no te he pedido ayuda —dije seria.

Yo no era ninguna princesa en apuros, ni él el caballero blanco que iría a rescatarme. Los cuentos de hadas no existían, y menos para las chicas de California con muchos problemas.

—Pero ¿y si yo quisiera ayudar?

—Eres muy amable, Dave.

Sacudió la cabeza y se tumbó boca arriba.

—No, Ana, no lo soy. Soy egoísta. No quiero que te vayas. No quiero que poses desnuda para ningún artista rico de Seattle. Quiero que te quedes aquí, conmigo, en mi casa, y en mi cama. Y pagaré lo que haga falta para conseguirlo.

—¿Me quieres, Dave?

Me miró a los ojos al instante.

—Eh... —Se lamió los labios y se los mordió. Tenía ganas de besárselos —. Sé que me gustas. Me gustas mucho.

Sonreí ampliamente y recorrí su nariz desde el puente hasta la punta con el dedo índice.

—Tú también me gustas, Dave, mucho. Pero tengo que hacer esto. No sólo por mi familia, aunque es el motivo principal, sino también por mí. Y lo que menos necesitas en este momento son distracciones. Uno de los casos más importantes del país te lo han asignado y es la semana que viene, y por primera vez serás el que estará de cabecilla...

Dave se pasó la mano por el pelo.

—Soy muy consciente de ello, y sigo queriendo que te quedes.

—Lo sé. Y, para serte sincera, yo tampoco quiero irme, pero voy a tener

que hacerlo. Y tú y yo continuaremos siendo amigos, ¿verdad?

Suspiró, y entonces me tomó y me colocó encima de él. Apoyé los brazos sobre su pecho y la barbilla sobre mis manos.

—Por supuesto que sí. Eres la mejor amiga que he tenido jamás.

No estaba segura de a qué se refería esa vez con lo de amiga.

—Quiero decir amiga, amiga.

—Entendido —dije, y le di un beso en los labios.

—Entonces, ¿te irás dentro de dos días y no hay nada que pueda decir ni hacer para que te quedes?

Negué con la cabeza, me apoyé contra su corazón y, mientras escuchaba sus fuertes latidos, me quedé medio dormida. En el fondo sabía que sí había una cosa que podría hacer que considerase el hecho de quedarme: que me quisiera. Era innegable que me estaba enamorando de él, pero me echaba para atrás el saber que el amor, en este caso en concreto, no era una opción.

No después de haberme enamorado de todos los hombres con los que me había acostado. Esta vez, con Dave, había protegido mi corazón con tanto afán que sólo había conseguido robarme algunos pequeños trocitos durante esos días que había pasado con él. Sin embargo, la mayor parte estaba a salvo y bajo mi pleno control.

—Y ¿dónde nos deja eso? —Dijo mientras bajaba las manos por mi espalda, me las puso sobre las nalgas y me dio un apretón.

Eso me recordó lo mucho que iba a echar de menos sus habilidades sexuales. Volver a tener un novio que funcionara al cien por cien no era una de mis prioridades en la lista de cosas que hacer en Seattle.

—¿Lo dejamos en amigos?

Se encogió al oír la palabra.

—¿Mejores amigos? —dije como sugerencia.

Me levantó de la cintura, centró su pene duro entre mis muslos y yo me dejé caer sobre ella.

—Con derechos —susurré cuando dio un fuerte empujón, y sonrió—. Mejores amigos con derechos —repetí, e incliné la cabeza hacia atrás, me

aferré a sus perfectos pectorales y lo estrujé desde mi interior.

Dave se tensó.

—Eso ya me gusta más. —Me agarró de las caderas, me levantó y tiró de mí hacia abajo con fuerza. Ambos gritamos—. Ahora cabálgame.

* * * *

—¿Qué quieres hacer hoy? —me preguntó Dave cuando entré en la cocina para desayunar.

Para mi sorpresa, estaba cocinando, dándoles la vuelta a las tortillas, para ser exacta. Miré a mí alrededor en busca de la señora Gómez.

—¿Y Nancy?

—Le he dado el día libre. Como es tu último día, quería pasarlo a solas contigo. —Sonrió de oreja a oreja y me guiñó el ojo.

Me senté en el banco delante del mesón donde estaba terminando de preparar nuestro desayuno. Las tortillas no estaban quemadas y olían de riquísimo. Me quedé mirando fascinada el pequeño montón. La mantequilla goteaba por los bordes.

Después echó por encima un poco de nata, haciendo una especie de diseño en la parte superior. Con un breve movimiento de la muñeca, deslizó el plato delante de mí. Lo que había dibujado era una cara sonriente.

—Tortillas felices. —Meneó las cejas y me eché a reír.

Ese hombre era la división perfecta. Adicto al trabajo, surfista, contratante de chicas de compañía, rico, y preparaba tortillas con caritas felices.

—¿Qué? —Apoyó los codos en la mesa y volteó la cabeza.

Tenía esa barba de recién levantado que ya me había acostumbrado a ver y que tanto adoraba. Acaricié la áspera superficie con las puntas de los dedos. Sacudí la cabeza y empecé a cortar una de las cinco tortillas perfectamente redondas.

—Que me asombras —respondí—. Cada vez que creo conocerte, me sorprendes con otra cosa.

Dave se encogió de hombros y mordió una de sus tortillas.

—¿Qué voy a hacer? Me gusta mantenerte intrigada.

Sonrió, y pensé que todas esas películas estúpidas y romanticonas tenían razón. Un buen hombre podía iluminar una habitación y hacer que el resto del mundo desapareciera, como si sólo existieran ellos dos en ese lugar y en ese momento.

—Volviendo a tu pregunta inicial — dije con la boca llena de las mejores tortillas que había probado en mi vida, incluidas las mías propias—. Me gustaría ir a dar una vuelta por mi cuenta propia —dije y él asintió.

—¿Adónde vamos?

Sonreí mientras me arreglaba el pelo despeinado por encima del hombro.

—A donde nos lleve la moto. Lo que cuenta no es el destino, sino el viaje.

—¿Moto? —Respondió sorprendido.

—No eres el único al que le gusta mantener a las personas intrigadas.

Dave se acercó, se sentó y me miró. Yo también lo miré, pensando que iba a besarme. Era lo primero que solía hacer por la mañana, pero ese día era diferente. Todo lo que rodeaba a mi último día tenía un aire tenso, lo inevitable de una despedida. En lugar de un beso, me puso un montón de nata montada en la nariz.

—Qué profundo —dijo muy serio. Le di un empujón.

—¡Idiota!

Se echó a reír.

—Por Dios, Ana. ¿No es el destino, sino el viaje?... ¿De dónde has sacado esa ridiculez? Sé sincera. Lo leíste en la pegatina que te dieron cuando compraste la moto, ¿verdad?

—¡Pero es verdad! —dije, sacudí la cabeza y seguimos desayunando.

A cada segundo me daba un codazo en el costado. No tan fuerte como

para hacerme daño, sólo lo justo para hacerme saber que estaba ahí. Debía ser sincera conmigo misma, iba a echar de menos a Dave. Más de lo que deseaba admitir. Mucho más.

* * * *

—¡Qué! —gritó cuando entré en el garaje donde había dejado aparcada la moto.

Me miró de arriba abajo. Desde la chaqueta negra de cuero que llevaba puesta sobre mi camiseta de tirantes hasta mis botas de motera, pasando por mis vaqueros ceñidos.

—¿Te gusta? —le pregunté mientras sacaba la cadera hacia un lado, consciente de que de ese modo acentuaba esa figura de reloj que tanto le gustaba.

Me había dicho varias veces lo encantado que estaba de mi cuerpo. A Dave le gustaban las mujeres con algo de carne. Las chicas anoréxicas no llamaban su atención. Al menos, eso era lo que él decía. Pudo haberme contestado algo, pero su rostro ya me indicaba de forma clara que le gustaba lo que veía. No tardo ni dos segundos en darme una respuesta a su manera.

Tenía su boca sobre la mía. Para Dave, besar era algo más que un juego entre lengüetazos y pequeños mordiscos. Era una especie de marca, algo que grababa en mi piel y que permanecía conmigo a lo largo de todo el día. Jamás olvidaría ninguno de sus besos. Eran todos perfectos.

Y sus manos..., ay, sus manos eran increíbles. Sabía exactamente dónde debía acariciar, pellizcar y apretar, que era justo lo que estaba haciendo con mi culo y mi seno. Con una mano en cada cosa. Le chupé la lengua y le mordí el labio hasta que gimió. Se apartó y apoyó la cabeza contra mi frente.

—Creía que íbamos a dar una vuelta —respiré fuerte contra sus labios y, después, lamí la comisura de ellos.

—Sí, hasta que te he visto vestida así. Ahora *mi amigo* tiene otros planes.

Pegó sus labios a los míos. Podía sentir su erección a través de sus jeans. Con gran esfuerzo, me aparté, coloqué las manos sobre sus mejillas y me

quedé contemplando sus preciosos ojos verdes con esos destellitos amarillos que tanto adoraba.

—Después. La espera hace todo mejor. —Terminé dándole otro mordisquito en los labios. Intentó atrapar los míos, pero lo esquivé.

Me alejé mientras meneaba de modo exagerado las caderas para que me viera bien el culo y pasé una pierna por encima del asiento de mi moto.

—Hola, guapa. —Acaricié uno de los retrovisores —. ¿Estás lista para enseñarle a Dave de lo que eres capaz, bonita? —le dije con dulzura a Mili. —Así la apodé desde que la compré. Ese día estaba aburrida Dave me había dejado sola y decidí salir a ver motos en una agencia y Mili me enamoró. Tenía años que no montaba una. También quería sorprender a Dave.

—Creo que tienes que moverte un poco hacia atrás para que pueda montarme yo. —Dave me hizo un gesto para que me sentara detrás.

—Debo de haberte oído mal. ¿Estás insinuando que vaya yo detrás? —Alcé exageradamente las cejas y volteé los ojos.

Dave puso una mano sobre el manillar y dejó caer la otra junto a su costado.

—Si eso significa que vas a aferrarte a mí con esas piernas y que voy a poder sentir tu calor por toda mi espalda, pues sí, eso es justo lo que estoy insinuando.

Se lamió los labios y recorrió mi cuerpo con la mirada una vez más. De nuevo, no se me pasó por alto que sus ojos bien podrían haber sido manos, porque podía sentirlos sobre mi piel cada vez que miraba en mi dirección.

—Bueno, entonces creo que tenemos un problema, porque Mili es mía, y sólo la conduzco yo. Así que me temo, amigo mío, que vas a tener que envolverme tú a mí con esos fuertes muslos. —Me senté más hacia adelante y le hice sitio atrás —. A menos que tengas algún problema con respecto a tu masculinidad.

Dave me sorprendió. Pasó la pierna por encima del asiento. Entonces, antes incluso de arrancar la moto, me puso a cien a mí. Encajó su figura contra mi espalda y deslizó una mano por mi parte delantera, por debajo de mi camiseta de tirantes, me levantó el sujetador y lo apartó para poder tocar mi piel desnuda.

Después empezó a jugar con mi pezón duro con las puntas de sus dedos. Gemí cuando acercó la boca a mi cuello y comenzó a lamerlo y a mordisquearlo con suavidad. Arquee la espalda hacia atrás y apoyé la cabeza contra su hombro mientras me pegaba a su erección. Justo cuando volví el cuello hacia él, me desabrochó el botón del vaquero y me bajó la cremallera.

—Dave —susurré al sentir sus manos directamente por debajo del pantalón. Deslizó sus dedos expertos y éstos encontraron mi clítoris.

Me metió dos de ellos mientras acariciaba mi clítoris, ansioso por recibir sus atenciones, con el pulgar. Dave no me defraudó. Con sus fuertes brazos, arqueó mi cuerpo ayudándose de mi sexo y de mi pecho.

Me metió los dedos hasta el fondo, hasta que grité y cerré los ojos con fuerza, sintiendo las contracciones que indicaban que mi orgasmo estaba cerca. Seguido de ello, me clavó los dientes en el cuello y yo levanté las caderas, apoyándome sobre los tacones de mis botas.

Sabía que él mantendría la moto derecha con sus fuertes piernas, así que presioné hacia arriba con fuerza, luchando por alcanzar el clímax.

—Súbete en mí, nena —susurró soplando en mí cuello.

Su voz grave me excitó más. Lo obedecí. Sin ningún pudor, me incliné hacia adelante sobre él y empecé a menear las caderas, obligando a sus dedos a que me follaran con más fuerza. Su mano se convirtió en mi caballo entre mis piernas mientras me masturbaba cabalgándome en ella.

Entonces me pellizcó un pezón, me mordió el cuello y hundió aún más con los dedos en mi interior, formando un gancho con ellos y aplastando mi clítoris con la palma de la mano. Y me corrí.

—Eso es, nena, vuelve conmigo — me dijo Dave al oído mientras seguía masajeándome el clítoris con el pulgar, provocándome agradables convulsiones que se dispersaban en todas las direcciones mientras yo regresaba a la tierra—. Lo retiro —me susurró antes de girarme el cuello y besarme.

—¿El qué? —pregunté desde mi estado de inconsciencia todavía.

—El destino ha estado bien, pero lo que más he disfrutado ha sido el viaje. Ver cómo te deshacías de placer entre mis brazos sobre esta moto es algo que jamás olvidaré.

Yo tampoco. Recorrimos la autopista, admirando las vistas entre Malibú. Dave señaló hacia un desvío que había cerca de un cartel desgastado que indicaba una playa pública. La entrada estaba retirada, pero él sabía a dónde íbamos.

Detuve la moto y cuando llegamos allí, Dave se descolgó su bolso y sacó una delgada manta de ella. La extendimos sobre la arena y nos sentamos a observar la inmensa extensión del océano. Era un sitio público, pero estaba desierto. No había ni una casa ni una persona a kilómetros de distancia. Dave rebuscó en su bolso de nuevo y sacó unos sándwiches.

—¿También has preparado la comida? Mira que una chica puede acostumbrarse a estas cosas. Unas tortillas deliciosas, ¿y ahora esto? Deja que adivine: ¿jamón de pavo, queso blanco y rodajitas de tomate? —Subí y bajé una ceja, y él se tapó la boca mientras reía disimuladamente.

—Vuelve a intentarlo, princesa — dijo, y me pasó medio sándwich.

—¿Mantequilla con mermelada de fresa?

Me quedé mirándolo y sacudí la cabeza. Después di un bocado al cremoso sándwich. Tenía la proporción perfecta de ambos ingredientes. Dave sonrió y me pasó un termo. Creía que sería agua, pero resultó ser jugo de naranja natural. Era perfecto.

—¿Jugo de naranja?

—Para usted sólo lo mejor, señorita Ana. —Le dio un buen mordisco a su sándwich y bebió del termo.

—¿Sabes? Éste es mi sándwich favorito. —Abrió los ojos como platos—. En serio, lo es. Me encanta. Y, ¿sabes qué? Me encanta esto: estar sentada aquí contigo después de un largo paseo en moto. Es..., bueno, no lo olvidaré, Dave. Estar aquí contigo. Este mes ha sido el mejor de mi vida. Y no sólo por el sexo. —Subió las cejas—. Bueno, está bien, puede que el sexo tenga mucho que ver.

Ambos nos echamos a reír. Bebió otro trago de jugo y respondió:

—Sé a qué te refieres. Estar contigo es fácil. —Volteé los ojos y él sonrió—. No me refiero a que tú seas fácil, sino a que es... agradable. No necesito esforzarme contigo. Tus necesidades son sencillas, y no eres ni un poquito dramática. No sabía que las relaciones podían ser así.

—Para mí tampoco han sido fáciles. Siempre había algo que fallaba — admití.

Él se quedó mirando el horizonte mientras yo observaba su perfil. David Arturo Smith era increíblemente guapo. Ni siquiera tenía que esforzarse por estarlo. Poseía una belleza natural. Con ropa informal, elegante..., incluso cuando acababa de despertarse y tenía los ojos llenos de lagañas, seguía siendo guapo. Pero en esos momentos, compartiendo aquel pedacito de playa y una parte de su intimidad conmigo, estaba del todo irresistible, totalmente puro.

—¿Te has enamorado alguna vez? —le pregunté.

Me miró con una leve sonrisa en los labios. Se dejó caer hacia atrás, reclinado sobre los codos, y negó con la cabeza.

—No, creo que no. Hubo un par de veces que pensé que lo estaba, pero, como ya te he dicho, nunca fue fácil. Creo que si quieres a alguien debe ser fácil. Todo debe encajar, ¿entiendes lo que quiero decir?

Asentí.

—Los planetas, los satélites y las estrellas se alinean y todo es perfecto, ¿no?

Se echó a reír.

—Sí, algo así. ¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿Te has enamorado? —Pensé y reflexioné largo y tendido sobre la pregunta. Tanto fue así que él me puso una mano en el hombro y me dio un tierno apretón—. No tienes por qué contármelo.

—No, no es eso. Es que sería más fácil que me preguntaras si no me he enamorado. En cierto modo, me he enamorado de todos y cada uno de los hombres con los que he estado. Pero, por desgracia, ahora que estoy sentada aquí contigo, me pregunto si estaba enamorada de verdad o si era sólo deseo.

—Y ¿por qué crees que es?

Me eché a reír, me llevé las piernas al pecho y metí la barbilla entre las rodillas.

—No estoy segura. Contigo todo es diferente.

—Has pasado un mes entero conmigo. Has admitido que ha sido el mejor sexo que has tenido en toda tu vida. —Puse los ojos en blanco al oírlo, sin embargo él siguió— Reconoces que conmigo es diferente. Eso... ¿Significa que me quieres?

—Puede —dije con sinceridad, sin saber qué otra cosa responder.

—Bueno, entonces cógeme.

—Eso lo haremos después, ¿recuerdas? —le recordé.

Dave se rio, y entonces se puso de lado y apoyó la cabeza sobre su mano.

—¿Y si te dijera que estoy enamorándome de ti?

—Dave... —dije, advirtiéndole. Sabía que no debía ir por ese camino.

—No, vamos a hablar de esto un momento. —Me obligó a imitar su postura de lado para que pudiéramos mirarnos a los ojos—. Si “puede” que tú me quieras, y yo estoy enamorándome de ti, ¿no podríamos hacer algo al respecto?

Sonreí.

—Ya lo estamos haciendo. Vamos a continuar siendo amigos. Tú vas a trabajar y seguir adentrado en el mundo del Derecho. Seguiremos en contacto, y una vez pagada la deuda... —Lo miré profundamente a los ojos y me interrumpí.

—Una vez pagada la deuda, ¿qué?

—Volveré a mi casa aquí en California, cerca de ti —dije.

—Pero mañana te irás.

La tristeza que reflejaban sus ojos verdes con amarillo me robó el aliento. Tardé bastante en poder responder.

—Sí. Mañana me iré.

Asintió y bajó la vista.

—Y, cuando vuelvas... —Esta vez no terminó la frase.

—No quiero que me esperes, Dave. Si encuentras algo bueno con alguien, disfrútalo, diviértete. A un hombre como tú, y con tu aspecto físico,

no le costará encontrar a alguien que caliente su cama.

—¿Es eso lo que vas a hacer tú? ¿Dejar que tu próximo cliente te caliente la cama? —Su tono era serio, más de lo que había esperado, pero sabía que estábamos pisando terreno peligroso.

Todo lo que habíamos vivido durante el último mes y lo que quizá tuviésemos en el futuro podía echarse a perder en ese momento. Debía pensar y responder cuidadosamente si no quería perderlo.

—Sólo estoy diciendo que durante este tiempo iremos por caminos separados. Ambos haremos lo que queramos.

Dave respiró larga y lentamente.

—Eso significa que tú no me vas a esperar —dijo.

Negué con la cabeza.

—No. Haré lo que considere que tengo que hacer llegado el momento. Y quiero que tú hagas lo mismo. Pero no quiero que desaparezcas de mi vida.

Se lamió los labios, me agarró de la mano y se la llevó a la boca para besarla.

—Yo tampoco quiero perderte. Pero es que... estoy intentando convencerme de que debo dejarte ir, porque no lo consigo.

Esta vez fui yo quien agarró su mano con fuerza y me la llevé a la boca para devolverle el beso.

—A mí también me cuesta mucho, pero es lo que va a suceder. Por favor, respétalo. Hazlo por mí. Y, en el futuro, ya veremos qué ocurre. Tendremos que conformarnos con lo que hay.

—Pues no me conformo para nada, Ana. Pero, si no me das otra opción, no me queda más remedio.

Me abrazó con fuerza. Yo me aferré a él, sabiendo que muy pronto tendría que soltarlo.

* * * *

Todas mis cosas estaban ya empacadas, y vi cómo el vehículo se alejaba del acceso de la casa de Dave en dirección a mi apartamento. Le había dado la llave de mi casa al conductor para que dejara allí mi ropa. Después le dejaría la llave al portero. Dave esperaba que estuviera allí cuando volviera a casa para que pudiéramos cenar juntos por última vez.

Pero, por desgracia, yo no podría haberlo soportado. No. Eso me derrumbaría totalmente. Después del rato que pasamos el día anterior en la playa, volvimos a su casa y estuvimos toda la tarde, hasta que anocheció, haciendo el amor. Eso es lo que fue. No fue coger ni practicar sexo.

Hicimos el amor una y otra vez hasta que, cansados, nos quedamos dormidos, acurrucaditos en su cama. Esa mañana había recibido una llamada que lo había obligado a ir a una conferencia en la corte. Había dicho que volvería a casa a las seis para llevarme a cenar fuera por última vez.

Pero yo no estaría allí. Me costaría demasiado despedirme de él así después de todo lo que habíamos vivido juntos. En lugar de hacerlo, decidí compartir mis pensamientos con él sobre el papel, escribiéndole carta de despedida.

En efecto, básicamente, fui una cobarde.

David Arturo Smith: Quiero darte las gracias por este mes. Esperaba detestar cada segundo de este trabajo y, en lugar de eso, ha resultado ser la cosa más emocionante que he hecho en mi vida. Conocerle ha sido una bendición. Tú eres una bendición, Dave. Sé que suena cursi, y he estado a punto de borrarlo, pero necesitas oírlo –leerlo- de alguien a quien le importes. Y a mí me importas. Mucho. Más de lo que debería.

Estar contigo, pasar este tiempo juntos, me ha cambiado, creo que a mejor. Ahora siento que podré sobrevivir a este trabajo y aprender algo de él, además de recuperar la casa de mi familia. Creo que voy a salvarme a mí misma. Si me quedara y dejara que te ocuparas de mis problemas, que pagaras la deuda de mi casa, me arrepentiría todos los días de mi vida. Siempre pesaría sobre mis hombros y sobre nuestra relación.

Al irme así, me voy a mi manera. Y lo hago mientras seguimos siendo buenos amigos. Los mejores amigos. ¿Amigos con derechos?, ¿Me entristece irme? Sí. No quiero hacerlo, pero tú eso ya lo sabes. Sé que lo que estoy haciendo no nos lo merecemos ninguno de los dos, pero también sé que es la

única forma que tengo de ser verdaderamente libre.

¿Cómo era aquel dicho? “Si amas a alguien, déjalo ir, y, si no vuelve, nunca fue tuyo.” Espero volver algún día.

Si tiene que ser, será, ¿verdad? Si no, siempre nos quedará la amistad. Espero que lo entiendas y también el porqué te digo todo esto. Te deseo lo mejor.

Esta mañana, cuando te ibas, me has besado pensando que estaba dormida y me has dicho en voz baja: “Recuérdame”. Dave, te prometo que jamás olvidaré el tiempo que hemos pasado juntos pero, sobre todo, nunca te olvidaré a ti. Desde lo más profundo de mí ser,

ANA M.

Después, besé la carta justo al lado de mi nombre, dejando una marca de pintalabios rosa. Un último beso para Dave. Los dos días siguientes fueron una pesadilla de citas que la Señora Jessica me había programado antes de que conociera al artista, en Seattle.

El rato de peluquería y manicura fue agradable. Me gustan las cosas bonitas tanto como a cualquiera, pero pasarme cuatro horas arreglándome el pelo y otras dos arreglándome los pies y las manos me parece absurdo.

Después de eso, Jessica me había reservado cita en la esteticista. Y quien dice esteticista dice torturadora. Empiezan con una relajante limpieza facial, en la que invaden tus sentidos con agradables esencias, música tranquila y un masaje en el rostro. Después te ponen una luz horrible en toda la cara y no te queda más remedio que cerrar los ojos si no quieres quedarte ciega.

Lo de obligarte a cerrar los ojos es un truco para ayudarte a soportar la excavadora, quiero decir, el extractor, también conocido como la pala que te quita todos los puntos negros de la cara formados por la asquerosa mugre que te deja en la piel el maquillaje diario. Es aterrador, pero he de decir que nunca había tenido la piel tan limpia, radiante, y suave como el culito de un bebé.

Después, el resto del día fue una auténtica mierda. Tenía que depilarme. Todo. El artista había sido muy específico. Si yo iba a quitarme la ropa y él iba a pagar veinticinco mil dólares más, tenía que pelármelo todo menos la cabeza. Sobrellevé bastante bien lo de quitarme la pelusa de los brazos. Sin

embargo, el vello de mis partes íntimas ya era otra cosa.

Si nunca has tenido el placer de hacerte las brasileñas, considérate afortunada. En primer lugar, tu agresora, quiero decir, la esteticista, te cubre todas tus partes con cera caliente, casi a la temperatura de la lava. En cuanto se ha enfriado y se ha convertido en una superficie dura, te sujeta la carne al tiempo que procede a arrancarte una capa de piel y, con ella, todos tus pelos, y te deja la zona calva y suave, más como la de una niña que como la de una mujer.

* * * *

Mi teléfono sonó en mi bolsillo. Había recibido un mensaje de texto. La gente todavía estaba abordando antes de despegar, de modo que podía consultar el mensaje, y tal vez incluso me diera tiempo a contestar.

De: Dave Smith

Para: Ana Mancuso

Leí tu carta. Siento no haberte dicho nada antes. Pensé que sería mejor que dejara pasar un poco de tiempo. Espero que tengas un buen viaje. Hay algo para ti en el bolsillo delantero de tu bolso. Te llamaré pronto. Recuérdame.

Sonreí y saqué el bolso de debajo del asiento que tenía delante. Dentro del bolsillo había una cajita negra de unos ocho centímetros de ancho y tres de largo. Cuando la abrí, lo que vi dentro me hizo sonreír tanto que creía que la cara se me quedaría así.

Dentro de la caja había una llave. Era la llave que había estado usando durante mi estancia con Dave. Mi llave. Sólo que ahora había algo más en el llavero: un brillante corazón rojo colgaba junto una tabla de surf. En el fondo de la caja había también una nota. La abrí.

Ana:

Te has dejado la llave. Abre mucho más que una puerta. Espero que la uses algún día.

DAVE S.

Saqué el llavero que tenía con las llaves de la moto y mi casa y agregué la tabla de surf y la llave de casa de Dave. Sus intenciones no podían estar más claras. Si quería volver con él, tendría que estar preparada para entregarle mi corazón, porque él ya me había entregado el suyo.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
— Comedia Erótica y Humor —

[J * did@ - mente Erótica](#)

[BDSM : Belén , Dominación , Sumisión y Marcos el Millonario](#)
— Romance Oscuro y Erótica —

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)
— Romance Oscuro y Erótica —

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *“Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. *“¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”*, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca

llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.